

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 61 - Diciembre de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Los sabores de Dolly

7

El peso del amor

8

Nostalgia de carnaval

12

Hay días en que somos tan móviles

16

Vengo de la Villa

18

Desempolvando a los muertos

24

Triunfo por falta de frenos

UNIVERSO CENTRO*Publicación mensual***DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

*Es una publicación de la Corporación Universo Centro***Número 61** - Diciembre 2014**18.000 ejemplares****Impreso en La Patria**

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Llanto periódico

Universo Centro tiene delirios de tinta. Hace unos meses decidimos publicar un libro para financiar el periódico. Una idea arriesgada por no decir innovadora. Nos pasa a casi todos los vendedores de letras, no nos cuadran los números. Casi todos nuestros gastos se van en papel, tinta, distribución, administración y viáticos en la barra de nuestros anfitriones, el bar El Guanábano. La mayoría de nuestros colaboradores —llámense mecanógrafos e ilustradores— se acomodan a esa palabra sin chistar y con gusto nos colaboran y celebran cada mes los ejemplares que ruedan y la página que se mueve. Así ha funcionado el “antro de redacción” durante seis años. Y también nosotros lloramos de vez en cuando, como se estilaba en el gremio. Nos dolemos de la contabilidad y chillamos para que nos expidan una póliza de cumplimiento. Pero somos malos para sacar el sombrero a secas. De modo que invitamos a nuestros lectores a recordar un lema que ya hemos molido: “Comprende lo mejor de nuestro pasado, para que haya futuro”. No se gasten en diciembre la plata del trago en libros pero saquen 50.000 para la Colección Universo Centro 2008-2014.

Además de la cuña vale la pena una pequeña reflexión. Universo Centro se piensa y se escribe desde lo que muchos llaman una “plaza” porque no clasifica como “olla”. Desde los márgenes, se dice en las universidades. Desde un rincón amigo de la insolencia, dirían los viejos. El sexo, las drogas ya empacadas para el usuario, el fútbol en arenilla, los locos nuevos, las pocilgas de ciudad, la burla a las enseñanzas oficiales y a las vírgenes enmarcadas son algunos de nuestros temas repetidos. Y debemos decir que la administración pública, alcaldía y gobernación, en administraciones varias, han leído, comentado y apoyado esta vuelta. En cambio lo que aquí se llama la clase empresarial, los que se reúnen como grandes comerciantes, los que muestran el balance cada tres meses entre lazos de oro en la gran prensa por aquí no miran. Son más indiferentes y más conservadores que la administración pública. Guardan su nombre como quien guarda blasones y le temen hasta a un simple hijueputazo en un cuento de adolescentes. Nos vamos a encomendar a los negocios pequeños, a nuestros amigos donde el periódico se regala bien, y a nuestros lectores. Nos cansamos de rogar pero no de publicar. ☞

Dieciocho vagones

Traía la cara reluciente, recién afeitada. El bigote se le veía bien puesto y el peinado fresco, echado hacia atrás. Cojeaba un poco, pero llegaba. Venía con la sonrisa amplia. Se inclinó sobre su cuerpo y se hundió hasta los hombros en el bolsillo de su pantalón, como si no tuviera fondo. Sacó un manojito de monedas. Escogió tres y se las dio a un mendigo que pasaba.

—¡Qué más, los amigos! —dijo alegremente con los brazos arriba.

—Hola, Ernesto —le dije y recibí su afectuoso saludo y el apretón de mano. Sentí esa energía que me subía por los dedos siempre que lo saludaba.

Ese día se había levantado tarde, inevitable rutina para quien trabajaba toda la noche cuidando un parqueadero. Se acomodó la pierna de palo que le completaba el muslo extinguido, se bañó, se puso los pantalones, se subió el cierre, se abrochó la correa y se abotonó la camisa. También se afeitó y por último se echó un poco de loción. A las cuatro de la tarde devoró un succulento sancocho, con parsimonia, en la acera que daba a la puerta de su casa, un inquilinato ubicado en Barrio Triste. Comía y no paraba de saludar, de alzar las cejas, de mover el bigote.

—¿Qué has hecho hombre Ernesto?

—Lo mismo de siempre, trabajar —dijo.

—¿Y los niños?

—Están con mi mamá, es mejor que no vengan por acá.

Una mujer se le acercó, le metió la mano en la alcancía del pantalón y escogió unas monedas. Sonreía y en la boca se le veía una carnosa amalgama de encías y lengua. Levantó las cejas y se alejó, era su mujer.

—Tomate un tragito —le dije a Ernesto.

—Hombre, ¡cómo no! —dijo, cogió la garrafa de aguardiente, la empujó, y un tímido chorrito se le desvió por el mentón.

—¿Un cigarrillo?

—Claro —dijo.

Le extendí el paquete con un filtro afuera. Con el cigarrillo en la boca se hundió en el otro bolsillo del pantalón y sacó una caja de fósforos, la abrió, tomó un fósforo, pero cortésmente se lo arrebata y lo encendió. Fumaba a dos manos, pero no había nada de extraño en ello. Lo hacía como un tenista que responde con la raqueta a dos manos, como un malabarista que camina en las manos.

Un hombre se acercó y en broma puso en duda la hombría de Ernesto. Con la dignidad de un inglés anacrónico que abofetea con un guante al impertinente, Ernesto lo escupió en el brazo. Pocos se atrevían a retarlo, era campeón mundial de lanzamiento de escupas. Era difícil acercársele como lo exigen los combates cuerpo a cuerpo. No era boxeador, pero siempre estaba en guardia, moviéndose con ese swing que tienen los cojos. Si algún día se lo hubiera propuesto hubiera sido un fenómeno en el ring!

Mientras Ernesto hablaba con su amigable ofensor, quien era consciente de que las bromas pesadas con Ernesto se dirimían a escupitajos, me miré el cuerpo y pensé en mi rutina: por la mañana yo también me levanté, me restregué los ojos, me bañé, me puse el pantalón, la correa, una camiseta y unos tenis, y más tarde desayuné, sin interrupciones, en el interior de mi apartamento. Me froté las manos, acariciando mis dedos.

—¿Hace cuánto vivís en este barrio, Ernesto?

Cogió de nuevo la garrafa, la inclinó, y otro chorrito se deslizó por su mentón. Miró al cielo.

—Llegué a Barrio Triste, hermano, a la edad de tres años y ya voy a cumplir cincuenta.

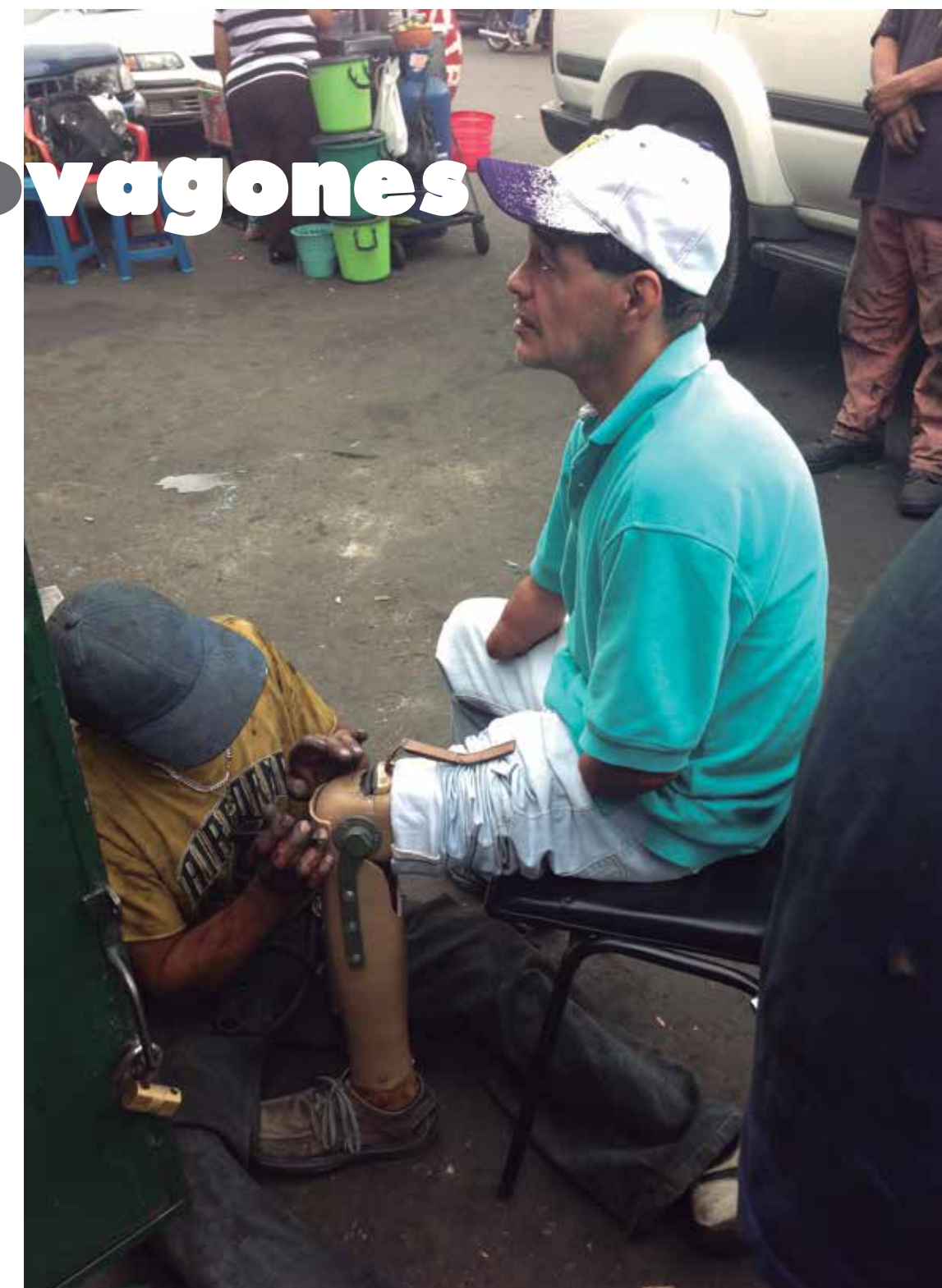
—¿Y cómo era todo en esa época?

—El barrio era lo más de bueno, sabroso, oiga. No existía tanta maldad, tanto peligro, no había tanto vicio. En este barrio siempre ha habido talleres y antes pasaba el tranvía por allá por donde queda la avenida del Ferrocarril. Aquí había una rancharía y yo vivía en esos ranchos.

Interrumpió el relato para saludar a otro amigo. Le hizo un quite para acomodarse la pierna de palo y le chocó la mano.

—Oíste, Ernesto, ¿y qué hacías? —le dije.

—Por aquí en Barrio Triste veníamos a recoger chatarra. Al frente de la iglesia quedaba la pasteurizadora San Martín y repartían la leche en coches con caballos. A nosotros nos



por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

tocaba llevar los caballos hasta la glorieta de Coca Cola, donde los guardaban, y así nos ganábamos unas moneditas y la leche pa la casa. En ese tiempo hacíamos carros de rodillos y patinetas y a mí me gustaba mucho montármeles a los carros y al tren, y en una de esas ocurrió el accidente.

¡Claro, el accidente! Quería hablar con él para que me contara lo que le había pasado.

—Ocurrió un sábado, hace más de treinta años. Yo tenía diez. Estaba jugando bolas en la esquina con unos amiguitos. El tren paraba al frente de la Macarena para esperar el cambio de carril y de ahí seguía para la estación de Cisneros. Ese día quedé a todo el frente de nosotros un vagón de chatarra. “Vamos a montarnos al tren”, me dijo uno de los niños con los que estaba jugando. Le dije que no, pero todos salieron corriendo. Mi mamá me decía mucho que dejara de montarme al tren. Me quedé jugando con mis canicas, pero otro niño se devolvió, me cogió de la mano y me dijo que nos fuéramos para el tren a jugar un rato. Allá nos pusimos a pasar por los vagones y a brincar.

Ernesto volvió a tomar la garrafa y apuró otro trago, esta vez no dejó escapar ningún chorrito.

—El tren empezó a arrancar. A mí me dio por bajarme por las escalerillas y quedé en el medio de dos vagones. El tren estaba cogiendo velocidad y cuando menos pensé me resbalé y me fui para abajo. La pierna se me enredó

y el tren me la partió. Del desespero mandé las manos y ahí también se las llevó. Quedé ahí tirado y me pasaron dieciocho vagones por encima. Estuve más de un año en el hospital. Allá hice la primera comunión. Todos los días iban una monjita y un cura a darnos la misa. Ella me enseñó a coger el lápiz y me decía que hiciera rayitas y así fui cogiendo fuerza en los mochitos. Poco a poco fui progresando y aprendí a escribir. Después salí del hospital y en la casa me tenían que hacer todo, pero como a los trece años mis sentidos se abrieron más y entonces me ponía a mirar cómo las personas manipulaban las manos, y veía cómo se abotonaban la camisa y me encerraba en la pieza y empezaba a practicar con los mochitos.

En Barrio Triste nadie le decía Ernesto, para todo el mundo él era ‘El Mochito’. Así de simple, sin lenguaje incluyente. No estaba en “situación” de discapacidad, ni de pobreza, ni de nada. Si acaso un poco en “condición” de alcoramiento. Le faltaban las manos y una pierna, pero siempre tenía un abrazo para sus amigos y una moneda para cualquier mendigo. Un grito interrumpió la conversación.

—¡Mooochooo, mooochooo! Lo necesita su mujer.

Se disculpó, me dijo que luego seguía conversando y otra vez sentí esa energía que me subía por los dedos cuando me daba la mano. Esos mochitos apretaban. ☞

Los sabores de Dolly

por DAVID E. GUZMÁN

Fotografía: Juan Fernando Ospina

La rodaja se deshace en su boca como el manjar más exquisito. Mastica suave con los ojos cerrados y levanta la cabeza. Lo único que le falta es darse la bendición con la servilleta en la mano y dejar caer un par de granos de arroz con sangre cocida. Carlos traga y paga con premura. A pocos pasos lo espera un bus de Laureles al que pronto ensolará con el aroma de dos libras de morcilla que acompañada con arepa será su cena y la de su familia.

Carlos trabaja en el edificio Gaspar de Rodas, ubicado sobre la avenida Oriental entre las calles Ayacucho y Colombia, el sector elegido por María Dolly para vender sus productos. Antes de abordar, Carlos dice que la morcilla de Dolly es la única que aceptan en su casa, sobre todo María Carolina, su hija médica. "Hace ocho años que le compro morcilla a Dolly, es muy limpia, muy bien hecha", cuenta el hombre mientras ve cómo tres señoras se le adelantan y se suben al bus.

María Dolly Suaza Ríos colonizó este punto en 1994 y desde entonces viene de lunes a sábado. A las seis de la tarde ya está al pie del Gaspar, sentada en un butaco casi al nivel del piso, rodeando con sus piernas una gran olla cargada con morcillas, buches y "cagaleras"; es tan pesada y voluminosa que dos vendedoras de fruta le ayudan a bajarla del taxi que siempre la trae desde su casa en Enciso.

Atraído por el tripaje generoso y humeante, un transeúnte se acerca y le echa un vistazo a la olla. Como el embutido artesanal es un producto que a veces genera dudas, Dolly siempre le

ofrece al interesado una rodaja de prueba. Y a los compradores fijos también. Así es que ha enamorado a la clientela, porque después de probar la morcilla es imposible resistirse a llevar un buen pedazo. El transeúnte pide media libra, paga 2.500 pesos y sigue su camino.

Darío Larrea, frutero de cabeza blanca, le trae a Dolly media papaya envuelta en una bolsa. "Comé papayita", le dice, y por ahí derecho se lleva dos libras de morcilla. Le queda debiendo seis mil pesos, pero María Dolly la tiene clara, "yo después se los cobro en fruta". De repente hay cinco personas alrededor de la olla. Un señor compra un buche y una libra de rellena. "¿Cuántos comen ahí?", pregunta uno de los que espera. "Mi señora y yo no más", responde el señor con sonrisa pícaro porque a simple vista parece mucha cena para dos. Odontólogos, asistentes, encombados salen del Gaspar de Rodas y mientras unos compran, otros saludan a Dolly con afecto. Vendedores ambulantes, obreros cansados, guardas de tránsito, gente que termina el día y otra que inicia la jornada nocturna: no pasan dos minutos sin que alguien esté probando o comprando morcilla.

Es lunes y hoy María Dolly no tiene gimnasia, a diferencia de los martes y los jueves. Está levantada desde las cinco y media de la mañana, ya despachó a su hijo, arregló la casa y ahora lava una tanda de ropa. Estas labores son bien conocidas para ella, pues desde los doce años hasta los 34 trabajó en casas de familia y en una empresa de aseo. Nacida el 2 de junio de 1960 en Santa Bárbara, Dolly aterrizó en Mede-

llín siendo bebé. Su infancia la pasó en el barrio Popular Número 1 y antes de llegar a Enciso vivió en Villatina y en el Doce de octubre.

Allí, en este barrio de Robledo, Dolly se quedó sin empleo y le dio un giro a su vida. "Estaba muy aburrida, con tres hijos que mantener y una vecina me dijo 'venga yo le enseño a trabajar' y me enseñó a hacer morcilla. Al principio era muy duro, el menudo venía muy sucio, lavarlo era muy difícil", recuerda Dolly, que empezó a vender en el cruce de Colombia con Cundinamarca antes de emigrar a la Oriental. "Tengo permiso de espacio público, lo conseguí porque tengo una hija especial con problema mental moderado", Dolly mira a la puerta, su hermana acaba de llegar para ayudarla a preparar lo que venderá en la noche.

Veinte libras de morcilla, cinco buches y dos cagaleras -el último tramo del intestino grueso del cerdo- son las viandas a cocinar. Dolly desempaca y lava tres intestinos enteros, tres tripajes delgados y cinco buches. Con una varilla de hierro voltea las tripas para que el agua limpie hasta la última arruga. Aunque ya el menudo viene prelavado, Dolly nunca deja de pegarle una jugadita. Luego lo reposa durante horas en un balde de guineo licuado con cáscara. Después lo lava de nuevo y le echa piedra lumbre para que amarre y quede suavcito. Previamente ha cocinado y enfriado el arroz, y su hermana ha picado la cebolla de rama, los gordos y el cilantro. Todo lo revuelve en otro balde con ajo, comino y ocho litros de sangre licuada. Con ese guiso rellena las vísceras y las hierve en dos galones de agua durante 35 minutos. Tras dos

horas y media de cocción, los manjares están listos para ser consumidos.

A las siete de la noche Dolly vende la última cagalera. La mujer que espera frente a la olla observa las manos de Dolly, enguantadas con bolsas, esculcando el tripaje hasta que pesca la presa. "Eavemaría, qué belleza", exclama la cliente como si estuviera ante un ejemplar único. Dolly se la empaca y la mujer, de bombacho, se va arrastrando sus chancas contra el baldosín. Han venido otros personajes como Jeison, un obrero que picó y echó pala todo el día en una obra en El Poblado; aunque Dolly lo mínimo que vende son dos mil pesos de morcilla, a veces entrega una porción por quinientos o mil pesos. "Hay gente más necesitada que uno, ahora estoy bien, pero me tocó muy duro, al principio tenía que subirme a los buses por la puerta de atrás y cocinaba a vela", relata Dolly mientras vende otro buche por cinco mil pesos. Los otros tres quedarán para mañana.

Con pasos apurados llega doña Amparo, saluda con efusividad a Dolly y le pide dos libras de morcilla. Ya es poco lo que queda en la olla. Amparo madrugará mañana al batallón Bomboná y les llevará el almuerzo a sus dos hijos y a otros muchachos. "Lo único que cargamos los pobres es comida como un berraco", dice Amparo, y guarda la rellena en el bolso. Esta misma noche la troceará y la meterá en cocas plásticas, acompañada de arepa, tajadas de maduro y papa cocida. Con casi todo vendido, Dolly llama al taxista, esta noche quiere dormir temprano. Mañana tiene gimnasia. ☺

*Un tributo a la comida de mi ciudad
no me puedo morir sin decir la verdad
tengo en mis venas colesterol
porque a mí, ¡me gusta el rock and roll!
Dick my fuck you*







ORQUESTA SINFÓNICA
EAFIT

Directora: Cecilia Espinosa Arango

Concierto de Navidad



Coro Universidad EAFIT- Director: Mauricio Balbín Pérez
Con la participación de estudiantes invitados del programa de Música Universidad EAFIT

Viernes 12 de diciembre | **Sábado 13 de diciembre**
Universidad EAFIT, Cancha cubierta, 6:00 p.m | EAFIT Llanogrande 6:00 p.m

Villancicos y velitas, trae tu cojín

ENTRADA LIBRE

Teléfono 261 9500 ext. 9732 | www.eafit.edu.co/sinfonica | [@SinfonicaEAFIT](https://twitter.com/SinfonicaEAFIT) | [f Orquesta Sinfónica EAFIT](https://www.facebook.com/OrquestaSinfonicaEAFIT)






Yo vi la noche

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Verónica Velásquez



Al más grande de los escritores afrocolombianos, Manuel Zapata Olivella, lo tuve enfrente en octubre de 2003, cuando visitó la Universidad de Antioquia para promocionar su novela inédita *Itzao, el inmortal*. El maestro, a la sazón, ya no parecía un ser de este mundo: sus patillas y dientes enormes ocupaban, casi, todo su rostro, y movía la cabeza de un lado para otro mientras sonreía de modo beatífico, del todo incapaz de enfocar la mirada sobre alguno de los bultos desleídos que, supe, éramos nosotros para él. Nada quedaba de aquel hombre de gesto enérgico que aparecía en la contratapa de *El fusilamiento del Diablo*, y mucho menos de aquella suerte de galán de cine que sonreía desde una foto de juventud tomada en Cartagena, sobre un coche turístico, y divulgada en alguna de sus biografías. Tanto era su desmedro que me bastó verlo para desistir de pedirle que me firmara un ejemplar de *La calle 10* —me pareció que podía morir por el solo esfuerzo de empuñar la pluma—, y si me extrañó su muerte en Bogotá, un año después, fue solo porque me pareció que su último estertor había demostrado más de la cuenta.

La muerte de Zapata Olivella en la enfermedad y la pobreza no traicionó su condición de negro, paría de la nación colombiana a pesar de la sucesión de las constituciones. Postrado por males irreversibles de su columna, transido de dolores, habitaba un cuarto del Hotel Dann de Bogotá y esperaba —con la misma ingenuidad que el coronel de la novela de García Márquez— recibir una pensión estatal. Lo único que dejó fue una cuenta hotelera millonaria y un gigantesco archivo de papeles personales que las directivas del Dann retuvieron por mucho tiempo a modo de prenda por la deuda en ciernes. En el embargo estuvieron, por mucho tiempo, las páginas de *Itzao, el inmortal*, novela que solo recientemente ha salido del cajón para presentarse en las salas de espera de los editores. La mayor parte de los documentos del archivo fueron a parar a Vanderbilt University, sin que pudiera evitarse que muchos se disolvieran entre humedades y raponeñas. Hay quien se queje de la desaparición de la correspondencia personal de Zapata Olivella con el poeta norteamericano Langston Hughes. Ello sucedió porque, cuando era oportuno tomar cartas en el asunto, ni el Archivo General de la Nación ni el Ministerio de Cultura se interesaron particularmente por hacerse al legado del maestro.

Más de medio siglo atrás, nadie preguntaba que al escritor de Loricca le correspondiera el destino del trasto viejo que, arrumado en un cuarto ajeno, todos acababan olvidando. Su estrella literaria había alumbrado con especial intensidad desde las primeras faenas, como cuando, al debutar como novelista con *Tierra mojada* (1947), a los 27 años, consiguió que el peruano Ciro Alegría —por entonces en la cima de la novela social latinoamericana— le escribiera el prólogo. En la década de los sesenta, incluso, su talento tuvo la mejor publicidad cuando un par de libros suyos invadieron el ámbito de sendos premios literarios: *En Chimá nace un santo* (1963), novela ocupada en contar la vida, muerte y milagros de un

sabanero cuadriléjico, fue finalista en el Premio Esso de Novela de 1961 —por entonces el Pulitzer colombiano— que ganó esa vez García Márquez con *La mala hora*; y en el Premio Biblioteca Breve del año siguiente que ganó Mario Vargas Llosa con *La ciudad y los perros*. Nada pudo impedir que Zapata Olivella ganara el Esso de 1962 con *Detrás del rostro* (1963), novela sobre un granuja callejero; al fin y al cabo, solo quien tuviera madera de Premio Nobel podía vencer al Dickens de Loricca. Aún hubo un galardón internacional para otra novela suya, el Premio Francisco Matarazzo Sobrinho, de São Paulo, que le fue concedido en 1985 a *Changó, el Gran Putas* (1983), la ambiciosa historia de la diáspora secular que arrojó a millones de africanos en América. Para entonces, por supuesto, la fama de Zapata Olivella poco necesitaba de un premio sin duda discreto: es más significativo el hecho de que, en la misma década, muchos libros suyos hicieran parte del plan obligatorio de lecturas en incontables colegios del país. Por ejemplo, son pocos los colombianos mayores de cuarenta años que no tuvieran en sus manos, alguna vez, un ejemplar de *Chambacú, corral de negros* (1963) en la edición popular de Bedout.

La verdad, sin embargo, es que los primeros días de la carrera de Zapata Olivella fueron tan humildes como sus postreras jornadas en el Dann. En los años cuarenta, cuando todavía no terminaba sus estudios de medicina en la Universidad Nacional en Bogotá, saltó a Centroamérica y de ahí a Estados Unidos con la idea de conocer mundo o, más específicamente, de conocer el continente, sus hombres y sus miserias. El viaje, hecho a pie, “a dedo” o con las monedas justas para el tiquete de bus, es el periplo de un proscrito; de hecho, por momentos se convierte en una nueva versión de la excursión de un escritor por los infiernos, género inaugurado hace poco menos de siete siglos por Dante Alighieri. De las penurias que atravesaron el camino de Zapata Olivella ya habla suficientemente el hecho de que, con el nombre de “Kid Chambacú”, tuviera que saltar a un tinglado boxístico en Guatemala; o que, en una clínica de Estados Unidos en que fungió como auxiliar de enfermería, tuviera que desempeñarse como lavador de bacinillas solo porque, a despecho de su piel oscura y su modesto cargo, se había atrevido a meter baza en una ronda de practicantes blancos. Esas y otras aventuras oscuras componen los dos primeros libros de viajes del escritor de Loricca, publicados casi al término de sus correrías, cuando el brillo de su fama era un fino resplandor de luciérnaga: *Pasión vagabunda* (1949) y *He visto la noche* (1952). De un viaje a Oriente surgirán, poco después, las crónicas de *China, 6 a.m.* (1955).

He visto la noche es un libro singular en la obra de Zapata Olivella, pues se trata del testimonio de un escritor negro en Estados Unidos, el país americano más emponzoñado por la segregación racial. La aventura comienza bajo un nefasto augurio: el joven vagabundo colombiano, contratado por un magacín para acompañar a los mexicanos que viajan hasta California con el anhelo de ocuparse en la cosecha

de frutas, es bajado del tren en Ciudad Juárez por los esbirros de la empresa, nada seducidos por la idea de tener un testigo de lo que, en el fondo, no es más que un holocausto laboral. Zapata Olivella pasa a pie el Río Bravo y en El Paso, ante la encrucijada de torcer hacia el Este e internarse en las tierras del Ku-Klux-Klan o doblar a izquierda hacia Los Ángeles, no duda en escoger lo segundo: además de que estima su pellejo, carga en su morral un guion que quiere mostrar en Hollywood. Pero, ya que el argumento involucra a un negro como protagonista, ningún productor se interesa. Al escritor le queda, apenas, el destino de ser asistente de un astrónomo desaharrado o el de asumir un trabajo plebeyo en un hospital local; sin embargo, desechar heces fecales ajenas es poca cosa, habida cuenta de las profundas enseñanzas de su patrón buscador de estrellas: “No olvides que, en una gran ciudad, cualquiera se muere de hambre si no es capaz de hacer lo imposible”.

De Los Ángeles, Zapata Olivella pasa a Chicago tras un largo viaje en bus. En la gran ciudad lacustre, sin embargo, el escritor colombiano no podrá aspirar ni siquiera al oficio de peón de hospital, y será desde entonces un artista del hambre, habitante de bancos de estación, huésped de hoteles colonizados por pijoos insaciables y falso iniciado de religiones cuyo principal sacramento es la repartición de comida. Su único botín auténtico es la conciencia del esfuerzo que lo ha llevado hasta la cima del mundo, según reflexiona sobre la terraza del edificio Riwgley: “¿Pero cuántos sufrimientos no había tenido que desafiar el nieto de Ángela Vásquez, la dobladora de tabaco a orillas del

Sinú; el hijo de un modesto profesor de aritmética, para escalar la maravillosa torre de un rascacielos?”. En Nueva York las cosas no serán distintas, salvo por la oportunidad de conocer a Ciro Alegría y conseguir de él una opinión certera sobre las cuartillas de *Tierra mojada*. Es cuando el viaje sigue hacia Richmond, Winston Salem y otras ciudades ubicadas al otro lado de la “línea de color” que Zapata Olivella pisa por fin el infierno, pues entonces ya no será un simple vagabundo invisible, confundido entre la noche, sino un negro que debe ser expulsado de los restaurantes, estrujado en los rincones de los buses y asediado por el fanatismo enmascarado del Ku-Klux-Klan. En Atlanta recupera su fuero de observador extranjero solo para observar cómo trabajan los negros, reclusos como reos, en una factoría de tabaco. Poco después regresa a El Paso, y no muchas semanas después a Bogotá. Apertrechado con el conocimiento directo de la patología del odio racial, el estudiante universitario puede retomar, para terminarla de una buena vez, su carrera de médico. Pero, sobre todo, el escritor ya cuenta con los apuntes que harán posible un libro fundamental; un libro con el que el novelista de lo negro logra probar que, antes que nada, ha vivido como negro.

Manuel Zapata Olivella murió hace diez años exactos, el 19 de noviembre de 2004; sumaba 84 años completos, pues había nacido el 17 de marzo de 1920. Esa única vez que pude verlo era ya un hombre enfermo, pero no doblegado; a su cara asomaba el sufrimiento de la misma manera que la dignidad, y de su piel negra emanaba un aura que jamás he visto sobre nadie. Aquel día yo vi la noche, lo mejor de ella. UC

El peso del amor

por PABLO CUARTAS

Fotografía: Esteban Giraldo

Un encuentro imposible, una pregunta repetida, un enigma repetido estremeció la adolescencia de muchos: “¿Encontraría a la Maga? Tantas veces me había bastado asomarme, viniendo por la rue de Seine, al arco que da al Quai de Conti, y apenas la luz de ceniza y olivo que flota sobre el río me dejaba distinguir las formas, ya su silueta delgada se inscribía en el Pont des Arts, a veces andando de un lado a otro, a veces detenida en el pretil de hierro, inclinada sobre el agua. Y era tan natural cruzar la calle, subir los peldaños del puente, entrar en su delgada cintura y acercarme a la Maga que sonreía sin sorpresa, convencida como yo de que un encuentro casual era lo menos casual en nuestras vidas, y que la gente que se da citas precisas es la misma que necesita papel rayado para escribirse o que aprieta desde abajo el tubo de dentífrico”.

Y sigue diciendo el narrador, que ella, la Maga, no estaría en el puente. O sea, que perdió la ida. ¿O que la perdería? Porque todo está en condicional. Eso le pasa por no poner citas precisas, escribir en papel blanco y apretar los tubos por cualquier parte. “¿Qué venía yo a hacer al Pont des Arts?”, se pregunta luego el narrador, viendo que no estaba ahí la Maga. ¡Pues qué más va a ser! ¡Nada! Estar por ahí vagando, sin ton ni son, esperando el encuentro casual.

La educación sentimental de muchos empezó entonces con un desencuentro: el de un hombre buscando a una mujer que nunca se le apareció mágicamente, sin cita, por telepatía, en el Pont des Arts. Y siguió con la historia de un grupo de latinoamericanos varados en París, un niño con nombre de región francesa y queso de cabra, Rocamadour, y con una historia de amores truncados que se podía leer en orden o en desorden. Iluminados por esas primeras experiencias literarias, muchos encontraban a la Maga en corredores de colegios y universidades, recitaban de memoria las primeras líneas del relato, hablaban con sultura de ambas orillas del Sena y habían aprendido a decir y a repetir que el amor es un puente y que “un puente no se sostiene de un solo lado, jamás Wright ni Le Corbusier van a hacer un puente sostenido de un solo lado...” ¿Puentes Le Corbusier? Ni sostenidos de un solo lado ni de los dos: no hizo ninguno. ¿Y qué es eso de “van a hacer un puente”, si Wright murió en 1959 y el narrador dice lo que dice en 1963? ¡Claro, qué lo iba a hacer post-mortem! Esa referencia es la que no se sostiene. En el otro lado todo es etéreo.

Tampoco se sostienen ya los “pretilles de hierro” del Pont des Arts, por los que no se asomaría la Maga en aquel comienzo melancólico. Una noche de verano se fue al Sena un primer tramo del

barandal, que cedió al peso de miles de candados que enamorados del mundo entero han ido engarzando a lado y lado de la pasarela, y cuyas llavecitas botan al río para que también, como el puente, quede empucado de metal barato. Sellando el candado sellan un pacto, y botando las llaves se aseguran de que ninguno pueda huir de la jaula del amor. Eso dicen, palabras más, palabras menos, los que a falta de espacio en la baranda siguen poniendo sus candados sobre los candados de otros, en una mezcolanza de amor cobriza que tiene en grave riesgo de colapso a la estructura del puente. Entre eso y pasar a ver si uno se encuentra con la Maga por azar, francamente, prefiero lo segundo. De dos situaciones cursis, la menos estrepitosa.

De los que ayer se estremecían con historias de Horacio, de Wong, de Gregorovius, los que antes deliraban con la espesura de aquellos diálogos solemnes, los que buscaron emular esas veladas de jazz en sus primeras noches de conquista, de todos ellos, muchos vienen hoy en peregrinación a poner sus candaditos. Y ellos, sumados a muchos otros que jamás supieron de Oliveira, que nunca vieron “famas” ni “cronopios” pero supieron a tiempo de la existencia del Pont des Arts, han hecho que la masa de enamorados crezca desmedidamente año tras año, y que la masa informe de metal supere ya el millón de candados. Por eso, queriendo proteger el Pont des Arts de tanto amor, la alcaldesa de París mandó a cubrir las barandas con paneles de madera. Tercos, los enamorados corrieron a tomarse el Pont de l’Archevêché, detrás de Notre-Dame. Y como también ahí los candados ya infestaron ambas balaustradas completas, muchos fueron a tomarse la Passarelle Simone de Beauvoir, llamada así en honor a la filósofa de la libertad femenina. Candados cerrados en el puente de Simone de Beauvoir, filósofa del amor libre...

Del rito se dice que nació en la Hungría del siglo XIX, donde soldados en fuga les dejaban de recuerdo un candado cerrado a sus amantes. Otros afirman que el fenómeno sí nació en Hungría, en Pécs, pero mucho tiempo después: hace unos treinta años. Hoy, extendido por varios puentes del mundo —Ponte Vecchio de Florencia, Hohenzollernbrücke de Colonia, Brooklyn de Nueva York—, los candaditos del amor parecen un esfuerzo cándido de fundar certezas en una época que ofrece más libertad por menos seguridad. O de enfrentar, mediante un símbolo obvio e ingenuo, los temores producidos por lo que un sociólogo llamó “amor líquido”, es decir ajeno a la “solidez” que prometían las instituciones tradicionales. Caída en descrédito, la imagen del amor-para-toda-la-vida cede lugar a la incertidumbre, la desconfianza, el miedo. Y como todo lo que es persiste en su

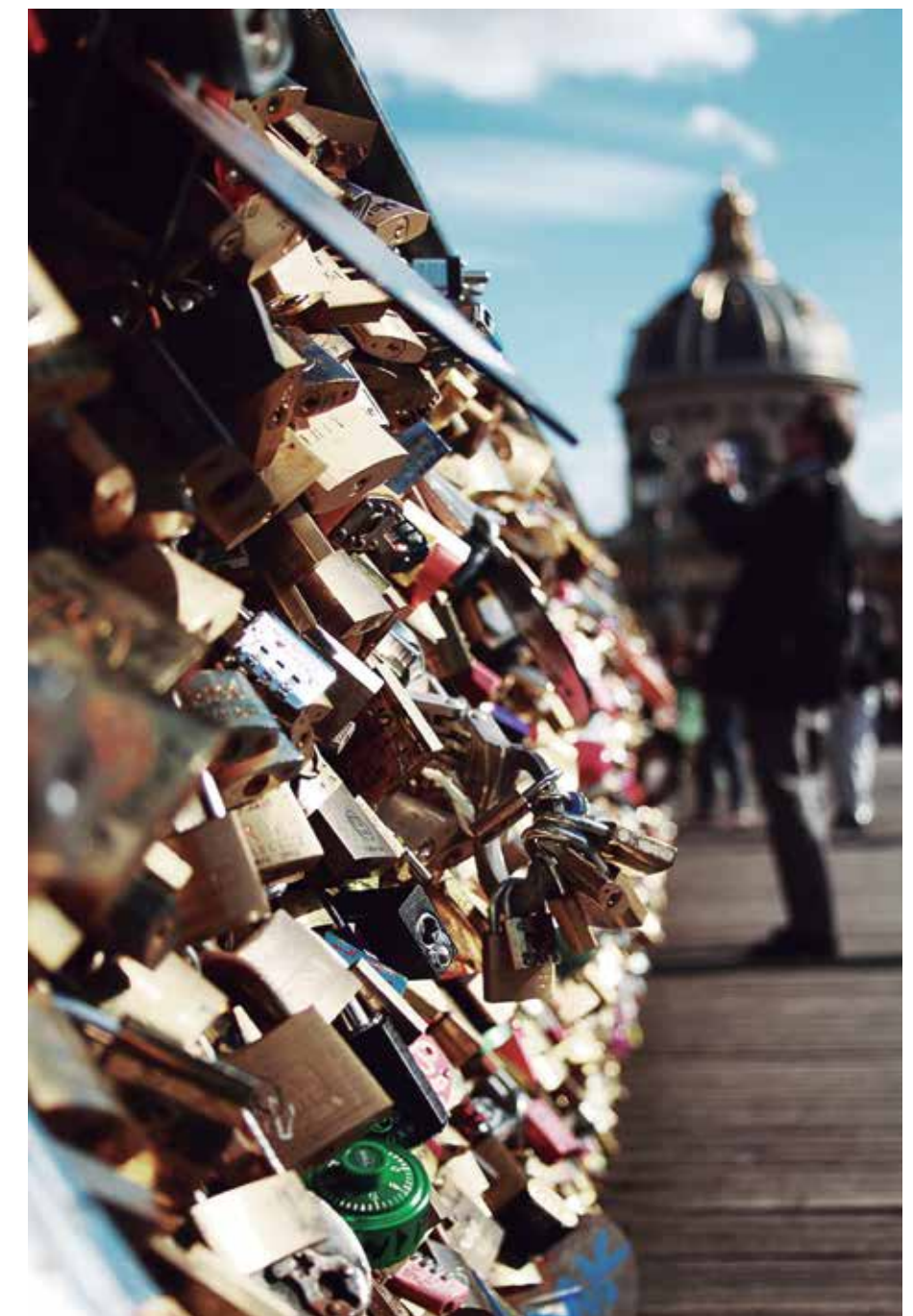
ser, y como todos los enamorados quieren seguir enamorados, quizás sea mejor acostumbrarse a esta y otras tentativas de apresar lo que fluye y se va, como lo dijo para siempre Apollinaire:

Bajo el puente Mirabeau pasa el Sena
Como pasan también nuestros amores.
Que nunca la certeza me sea ajena
De que el gozo viene siempre tras la pena

El amor se va como el agua que fluye
El amor se va...

Viene la noche, suena la hora
Y los días se alejan
Y aquí me dejan

Pasan días y semanas
Y ni el tiempo pasado
Ni los amores regresan
Bajo el puente Mirabeau pasa el Sena... UC



Medellín, siendo una villa de corrales en torno a sus varias iglesias, celebraba cada tanto carnavales improvisados: se buscaba una excusa patriótica o religiosa, se pedía permiso al alcalde y comenzaba el desorden de burlas, comparsas, desfiles, toros, pólvora y alcohol. El teatro social trocaba sus máscaras. Pero el palacio municipal y las parroquias se cansaron de las zumbas y un decreto prohibió la confusión en 1916. ¿Cómo serían los carnavales en esta villa de tres millones largos?

Nostalgia de carnaval

por JUAN LUIS MEJÍA ARANGO

Fotografías Archivo BPP



Tres señoritas en el Carnaval de Barranquilla. Anónimo, ca. 1890.

Para León Caride, *in memoriam*.

Vivo con nostalgia de carnaval. Pero no es una nostalgia individual. Es la ausencia de la alegría colectiva de la sociedad de la cual provengo que, un buen día, decidió vivir en una especie de cuaresma perpetua (con todo lo que ello significa). Voy a tratar de explicarles el triple salto mortal que me ha llevado de la indiferencia y —por qué no— del reproche a la nostalgia del carnaval.

Vengo de una tierra de montaña que por sus condiciones geográficas estuvo aislada del mundo. Los primeros españoles que se atrevieron a ingresar a esas cañadas lo hicieron por la sencilla razón de que allí, agazapado en las arenas de ríos y quebradas o aferrado a la roca de las montañas, había oro. Y mucho. Pero pocos indios.

Al inicio de su inolvidable relato *El espantoso redentor Lazarus Morell*, Borges recuerda que “en 1517, el padre Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros, que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”.

Pues bien, en Antioquia los indios muy pronto fueron exterminados e introducir cuadrillas de negros costaba una fortuna. De manera que a los españoles, que venían a estas tierras en busca de convertirse en hidalgos, no les quedó más remedio que violar la primera norma de la hidalguía: trabajar.

Ni siquiera don Alonso Quijano en el peor de sus momentos había caído tan bajo y murió sin haber mancillado su honor, es decir nunca trabajó. Pero el brillo del oro vagamundo era más poderoso que las leyes de la hidalguía y andaluces, extremeños y castellanos se arremangaron la camisa y se pusieron a trabajar. Digo mal, a trabajar, trabajar y trabajar. Y aquel antiviral tomó el envés de la moneda y se convirtió en el valor supremo. Al punto que lo asimilamos al destino mismo. Ni más ni menos que al hado, a la fuerza irresistible que obra sobre los hombres. En el habla popular todavía se escuchan frases como “Búscales un trabajo a Juan Luis que se quedó sin destino”, o las señoras repiten al terminar la mañana: “Qué horror, me cogió el día, ya son las doce y no he terminado el destino”.

De manera que esa sociedad, donde el no trabajar es signo de zangería, donde el ocio no permite el negocio, sencillamente abomina todo aquello que no sea trabajar, trabajar y trabajar. Aquella cuaresma perpetua nos lleva a sentir culpa ante el ocio, a aceptar que la vida es un valle de lágrimas y que el único destino del hombre, su realización suprema, se encuentra en el trabajo, fuera del cual no hay salvación.

Si se hecha una ojeada a la legislación del estado soberano de Antioquia en el siglo XIX, la normatividad más abundante versa sobre la vagancia y la ociosidad. Ese imaginario puritano abomina de la fiesta, de la alegría colectiva, de la transgresión momentánea del orden establecido, y toda aquella sociedad que la practica y disfruta es mirada desde allí con desconfianza. Creo también que hay una envidia oculta que se disfrazaba de prejuicios simplistas: flojera, holgazanería, pereza.

Crecí imbuido en esa mentalidad. En este acto de contrición voy a relatar el proceso de conversión al Rey Momo. Tal vez el inicio del proceso se debe a Meira del Mar y a don Germán Vargas. Hace muchos años fuimos designados jurados del Concurso de literatura Carlos Castro Saavedra. Luego de sobrevivir a la lectura de más de seiscientos cuentos, por fin nos reunieron en el recinto Quirama para dar el veredicto. Muy pronto llegamos a un acuerdo y el resto de aquel fin de semana pudimos dedicarlo, sin culpas, al delicioso arte de la conversación, del que aquel par de inolvidables amigos eran exponentes excelsos.

Hacía poco había concluido el carnaval, y Meira y don Germán no se cansaban de ponderar las maravillas de aquellas carnestolendas. Me sorprendió que aquel par de personajes tan “cultos” exaltaran

de aquella manera esa expresión popular. Mis prejuicios y mi ignorancia ante el tema me hicieron sentir incómodo ante mis colegas.

Unos meses después, otra vez de jurado, en esa ocasión de guiones de cine, leí uno que acaparó mi atención. Narra la las peripecias de un pintor apodado ‘Figurita’ que había muerto en olor de carnaval. Al develarse el nombre de los autores supe que había sido enviado al concurso por un joven y promisorio escritor y periodista llamado Heriberto Fiorillo. La película nunca se realizó, pero mi curiosidad por el personaje del guion me llevó a rastrear el paso de Orlando Rivera por Medellín. Así descubrí que fuera del escándalo con la monja, la habilidad como dibujante y su alegría incorregible, había incorporado en la intelectualidad paisa dos elementos fundamentales: fumar baretta y la palabra chévere. Mi curiosidad por el carnaval, aquel fruto prohibido, iba en aumento.

En un viaje a Riosucio, Julián Bueno me introdujo en los arcanos secretos del diablo del Ingrumá. En una tarde memorable pude contemplar cómo dos comparsas de arlequines representaban sobre un inmenso tablero de ajedrez el conflicto entre negros y blancos, refinada metáfora del surgimiento de aquella población del occidente de Caldas.

La copla picaresca, la música contagiosa y ante todo la alegría compartida que inspiraba el diablo del carnaval me llevaron a la conclusión de que por culpa del padre Astete y de los prejuicios de una sociedad pacata, me estaba perdiendo del lado amable de la vida: lo dionisiaco que rescatara Nietzsche.

De ahí en adelante empecé a indagar, teórico como he sido, el significado de aquel fenómeno social. En mi biblioteca empezaron a arrumarse libros de Mijail Bajtin, Roberto da Mata y tantos otros ilustres escritores que han intentado descifrar el profundo significado del despelote colectivo.

Hasta que un día pude acercarme a un carnaval de carne y hueso. Fue exactamente en el año 1994. Por entonces era director del desaparecido Colcultura y Gustavo Bell gobernador del Atlántico. Con Luz Stella íbamos preparados para participar en la batalla de flores. Llegamos el viernes y esa noche León Caride nos invitó a su apartamento a compartir vísperas con las Farotas de Talaigua. Una ansiedad colectiva se palpaba en el ambiente. A medida que pasaban las horas, las coplas del *Amor-amor*, entonadas por el hijo del anfitrión, subían de tono. En medio del aquel prelude, un eufórico Caride nos hizo entrega solemne del disfraz de Marimondas que luciríamos al día siguiente.

El sábado por la mañana, el historiador-gobernador nos llevó, con evidente orgullo, a visitar las obras de restauración de la vieja estación del ferrocarril que pronto se convertiría en biblioteca. Luego de aquel recorrido, esperábamos ansiosos que llegara el mediodía para convertirnos en Marimondas del barrio abajo. Cuando íbamos de regreso al hotel llegó la noticia: el presidente Gaviria viene en camino para asistir a la batalla de flores.

El miedo al ridículo pudo más que la transgresión y sentados en un palco vimos pasar nuestra comparsa. En ese último año de gobierno, el presidente se había ensimismado y eran pocas las palabras que se lograban cruzar con él. Para definirlo, con precisión caribe, Gustavo usaba las palabras del celador de la casa de Pacho Posada: “Es que ese man no da cooperativa”. En fin, mi primer carnaval lo viví en la tribuna y nuestros hermosos disfraces permanecieron intactos en las immaculadas bolsitas en las que los habían empacado en Industrias Cannon.

En el año 1999 fui invitado como jurado de la gran parada y de nuevo participé como espectador, desde una tribuna. Solo en el año 2000 logré vencer el pudor y sentir realmente que “el que lo vive es el que lo goza”. Hacer parte de aquel río humano eufórico, multicolor, invencible, ha sido una de las experiencias más intensas de nuestra vida.

El contraste era demasiado marcado. Recordemos que eran años aciagos en Medellín. Los distintos terrores nos habían encerrado. Salir a la calle era un riesgo. El espacio y por tanto el sentido de lo público había desaparecido. Qué contraste con aquella Barranquilla que se volcaba sobre la 42 y en medio de la amalgama social se confundía en un inmenso río humano de felicidad. Algo muy profundo marcaba ese contraste. Algo había pasado y por tanto me aventuro a soltar unas hipótesis.

Resulta que en Medellín siempre hubo jolgorios colectivos. El historiador Orián Jiménez Meneses en el libro *El frenesí del vulgo: fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial* reconstruyó la historia de las festividades coloniales, la principal de las cuales era la fiesta de la Virgen de la Candelaria, patrona de la ciudad, que se celebra el 2 de febrero. Con un año de anterioridad se elegía el alférez encargado de organizar las festividades, quien debía viajar a Cartagena a conseguir el vino, el tabaco y la pólvora necesarios para la fiesta. Durante la novena previa al día clásico “había corrida de toros, bailes, juego de sortija, de dados, de naipes, de ruleta y de bisbis; maroma, riña de gallos, fuegos artificiales y toda clase de diversiones”.

Al fin de la época de la Colonia eran frecuentes las mascaradas. Los historiadores Carlos José Reyes Posada y Catalina Reyes Cárdenas relatan cómo, en vísperas de la independencia, fueron prohibidas en Medellín y Rionegro algunas mojigangas que se burlaban de la comedia vivida entre los Borbones y Napoleón.

En el expediente abierto contra aquellos jóvenes se lee: “Tal vez con depravados fines no solo intentan el disfraz y alborotos de carnaval, sino también presentar al pueblo el trágico atentado de la prisión de nuestro Augusto Soberano, (Que Dios Guarde), el señor Don Fernando VII, por el inicuo Napoleón, escena lamentable y de ningún modo digna de recordarse en tono de diversión, mayormente por los que debíamos llorarla con lágrimas de sangre como fieles vasallos”.



Carlos Otálvaro. Benjamín de la Calle, 1922.

Y a continuación se disponen las penas para quien ose repetir aquel desacato: “Que ninguna persona de inteligencia, calidad, estado y sexo que sea, intente presentarse en casas, calles o plazas en disfraz, o enmascarado, ni menos tenga el arrojo de presentar la recordación del horrible atentado del enemigo común y soberbio Napoleón en la prisión que con astucia y engaño hizo a nuestro muy amado Señor Don Fernando Séptimo, como sonrojosa a su alta majestad y ofensiva al decoro de la nación, bajo el impuesto de cien azotes de dolor a las personas de baja esfera, y a los nobles de seis meses de destierro, y si lo hicieren de noche se les duplicará la pena...”

El tono de aquella providencia se mantendrá aún en la época republicana. En los documentos oficiales del siglo XIX se nota una complacencia con el juego, las corridas de toros, las riñas de gallos (que generan impuestos), pero se desconfía del disfraz, de la mascarada, de todo aquello que intente la burla del

orden establecido. Esa tensión se mantendrá hasta bien entrado el siglo XX.

Luego de la Independencia, las fiestas patrias sirven para consolidar los mitos fundacionales de la nación. El 20 de julio y el 7 de agosto se constituyen en las fechas preferidas para las conmemoraciones festivas. Había actos oficiales como desfiles militares, presentación de cuadros alegóricos y concursos de oratoria patria, muchos de cuyos participantes eran bajados de la tribuna a naranjazo limpio. Pero también se realizaban las fiestas populares. Las clases altas organizaban comparsas de a caballo que en la madrugada salían en una dispartada cabalgata que se denominaba “La caravana”. A las clases populares se les financiaba la elaboración de disfraces para sus comparsas y sainetes. Por lo general el último día se dedicaba a ridiculizar lo realizado por los señoritos los días anteriores. Todavía quedan en el recuerdo versos alusivos a las celebraciones:



Comparsa. Francisco Mejía, 1937.

“Para endulzar la vida
Con que marchamos a cuestras
Vida fugaz y aburrida
Son necesarias las fiestas”

Fiestas, esa era la denominación hasta bien entrado el siglo XIX. Con la llegada de los hijos de los ricos comerciantes y mineros que habían ido a estudiar a Europa llegaron las modas del viejo continente. Es el proceso de civilización y progreso que incorporan las élites en nuestras sociedades. Una de las modas fue la constitución de los clubes sociales. Y como parte de las actividades de esos centros sociales aparecieron los carnavales o mascaradas.

Catalina Reyes describe aquellas festividades: “Al caer la tarde los jóvenes de la élite, disfrazados generalmente de animales (perros, sapos, loros, gatos) salían a caballo en alegres comparsas. Se acercaban a las ventanas de las muchachas; si estas adivinaban su verdadera identidad, eran obsequiadas con pequeños regalos. Esta diversión duraba hasta la media noche. Al otro día, después de obtener permiso, las comparsas visitaban las principales casas en compañía de músicos. Los dueños de casa ofrecían deliciosos manjares y licores”.

En el capítulo X de *Frutos de mi tierra*, don Tomás Carrasquilla hace una descripción de las fiestas organizadas por aquellos señoritos de club. Dice así el maestro de Santo Domingo: “Decíamos esto al tanto de que a Medellín, la hermosa, le acontecía lo propio: todo el año, muy formal y recogida en sus quehaceres, trabajando como una negra, guardando como una vieja avara, riendo poco, conversando sobre sí el vecino se casa o descasa, sobre sí el otro difunto dejó o no dejó, rezando mucho, eso sí... Pero, allá de cuando en cuando, también echa su cana al aire, y hace fiestas a manera de las madres carmelitas... Desde que se sabe que el permiso para hacerlas está concedido, todo es animación y alegría. Medellín se transforma. En los semblantes se lee el programa; crece el movimiento de gentes; apercébese el comercio para la gran campaña; y la conversación, dale que le darás sobre el futuro acontecimiento, parece inagotable... Aunque en las fiestas hay toda clase de diversiones, bien puede decirse que las máscaras, el disfraz y el baile son las de la juventud dorada y de toda la gente de calidad... A las doce, Medellín está loca de atar: la alegría, el frenesí, el alcohol, solo encuentran para expresarse, gritos, aullidos, vertiginosas carreras que, excitando los ánimos, producen contagio general... La caravana marcha compacta llenando la calle, y luego, como río salido de madre, se desborda e inunda la ciudad”.

No deja de ser paradójico que la Guerra de los Mil Días nos haya sorprendido en pleno carnaval. Cuenta el cronista Lisandro Ochoa que, en septiembre de 1899, una compañía francesa realizó en Medellín las primeras proyecciones de cinematógrafo. Una de las películas exhibidas se llamaba *Un carnaval en Niza*. Los miembros del club Brellán, entusiasmados con las imágenes que allí habían visto, quisieron replicar la experiencia y para ello solicitaron autorización del gobernador del departamento quien concedió permiso por tres días contados a partir del 12 de octubre. Parece que la fiesta estaba tan buena que decidió conceder otros dos días de jolgorio.

El cronista concluye su relato con estas palabras: “Todavía había algunos disfrazados al amanecer del día 17 y la policía hacía quitar las caretas, porque el gobierno tenía noticias de haber estallado en Santander la guerra civil que terminó en 1902. Y el ‘Pisco’ Posada cambiaba esa misma mañana su hermoso disfraz de perro de Terranova por los arreos de campaña”.

Culminada la guerra, los jolgorios populares se reanudaron. En los archivos fotográficos de principios del siglo XX es frecuente encontrar imágenes de las comparsas. Carrasquilla recuerda algunos de los disfraces preferidos “...duques de Nevers, majos españoles, bandidos napolitanos, emperadores del Mongol...”. Pero aquellas carnestolendas no tendrían futuro. En los textos transcritos siempre aparece el requisito del permiso de la autoridad para poder realizar los carnavales. Y esa autoridad un día se cansó, se alarmó y prohibió de un tajo la fiesta popular.

Un alcalde con nombre carnavalesco, don Agapito Betancur, resolvió retractarse de un permiso concedido con anterioridad y en uso de sus facultades legales y “considerando, que por haberse dado gran parte del pueblo al juego y a la embriaguez se ha violado y hecho caducar la licencia concedida por este despacho a los señores Gabriel Vélez y Ramón E. Arango y otros para disfraces lícitos en lugares



Carros alegóricos. Celebraciones en Medellín. Benjamín de la Calle, 1913.

públicos”. Investido de autoridad indignada, decidió prohibir a partir del 27 de diciembre de 1916 “los disfraces y danzas en las vías públicas de la ciudad y de los corregimientos del distrito”.

A partir de esa fecha languidece el carnaval en nuestro medio e ingresamos a la cuaresma perpetua. Con un condimento adicional que terminará de excluir la alegría colectiva.

En momentos en los que las autoridades suprimen las carnestolendas, Medellín está viviendo una gran transformación. La pequeña aldea de comerciantes, mineros y artesanos se está convirtiendo en una ciudad industrial. En los rincones del valle de Aburrá, aprovechando las caídas de agua que bajan de las cordilleras vecinas, se empiezan a instalar grandes centros manufactureros que atraen una gran mano de obra campesina que emigra a la ciudad.

Concomitante a este proceso, empiezan a aparecer los efectos de la llamada industria cultural. En efecto, la industria fonográfica comienza a irrigar de discos y gramófonos a la incipiente ciudad. En toda América Latina se escuchan bambucos y pasillos grabados por la Víctor o la Columbia. Pero la lógica comercial indica que no es conveniente vender dos melodías de éxito en un mismo disco y por tanto en el envés del disco se pone un relleno, en este caso una música del sur que empieza a hacer furor en Nueva York.

El inolvidable estudioso de la música popular, Hernán Restrepo Duque narra así este fenómeno: “Detrás de cada pasillo, de cada bambuco o cada danza de autor antioqueño, viene casi con seguridad, un tango. Uno de aquellos tangos zarzueleros que diferían totalmente

del gardeliano ya impuesto del todo en Buenos Aires. Pero tango al fin. Y nuestros paisas, de espíritu hogareño, se reúnen desde las seis de la tarde a gozar de esas pastas negras, misteriosas, que giran a 78 revoluciones por minuto y ofrecen dos canciones no más, una del compositor del pueblo, otra extraña, y comienzan a gustar los nuevos ritmos. El tango, promovido así, fuertemente desde los Estados Unidos, conquista los corazones con sus dramas tremendos —casi casi como las telenovelas de hoy— y comienza a forjarse la historia de un misterio: el tango como parte de la música medellinense... Sería mucho después, en junio de 1935, cuando la espantosa tragedia que segó la vida a su más notable cultivador, Carlos Gardel, cuando esa tanguitud iba a adquirir carácter oficial, por decirlo así, y una increíble difusión internacional hasta el punto de exagerar la nota al calificar nuestra ciudad como capital del tango.

De manera que la gran transformación que estaba experimentado la sociedad iba acompañada de un fenómeno cultural impredecible. La aldea se convertía en ciudad, el artesano se volvía obrero, el campesino en ciudadano. Y como telón de fondo el tango. A ese campesino recién llegado a la urbe ya no le “canciona” el bucólico lado A sino el lánguido lamento del inmigrante del lado B.

En el momento de gran expansión demográfica, en los tiempos en los que faltaba un elemento de cohesión social como el carnaval. La alegría y el frenesí populares de que hablara Carrasquilla unos años antes son reprimidos, tanto individual como colectivamente y en adelante nos volvemos copisoleros.

Las calles y plazas, el espacio público es usado solo como expresión del poder eclesiástico o político, a través de procesiones o manifestaciones, pero la alegría colectiva, la risa, la charada, se suprimen y nos refugiamos en el rincón de una cantina. En acertada frase, Darío Ruiz Gómez describe este fenómeno como la “felicidad de estar tristes”.

Un poco más gráfico, Manuel Mejía Vallejo, en lo más alto del delirio, luego de una sobredosis de tangos, boleros, bambucos y pasillos ecuatorianos, recordaba a un borrachito de Guayaquil que ya en la madrugada exclamaba: “Esta tristeza tan buena no me la quita ni el putas”.

Es cierto que a partir de 1957 tratamos de revivir las fiestas colectivas bajo el nombre de Feria de las Flores. Es evidente que este evento es hoy uno de los símbolos de la ciudad y que el espectáculo de los silletteros de Santa Elena desfilando por las calles con su carga multicolor es maravilloso.

Pero el formato de feria es muy distinto al de carnaval. En efecto la esencia de las fiestas carnestoléndicas es la ruptura de la relación actor espectador y por tanto todo el mundo actúa y presencia. El que lo vive es el que lo goza. Por el contrario la feria prioriza el desfile y la tarima.

La feria carece también del efecto transgresor al que tanto temían nuestros gobernantes hace un siglo. En la feria todo es previsible y reglado. Por el contrario en la esencia del carnaval está la subversión del orden establecido. Ese tiempo de moratoria permite el desfogue social, es la posibilidad que tiene el débil de expresar su descontento y sentirse, así sea de manera efímera, libre del yugo de todo poder.

La transgresión es también fundamental en el poder creador de la cultura. El arte que se limita a describir la realidad es mera crónica. La verdadera creación rompe con los moldes establecidos, re-crea o re-interpreta la realidad y, por tanto, sacude al establecimiento. Por supuesto que un ecosistema donde anualmente se subvierte, se transgrede el orden social, es mucho más fértil para la creación que aquella cuaresma perpetua donde todo intento de transgresión es rápidamente reprimido.

La feria, si bien refuerza lazos identitarios en la reiteración del mito, no alcanza a crear los efectos de cohesión social que logra el carnaval. La ruptura temporal de toda estratigrafía social es una metáfora de la sociedad igualitaria. De la comunidad que rompe las artificiales barreras mentales y al final se confunde en un abrazo colectivo, como el que se produce en las playas de Riohacha en la madrugada del miércoles de ceniza. Qué ejemplo maravilloso sería el de un carnaval, que aunque fuera por pocos días, permitiera derribar las murallas imaginarias que cruzan las comunas de Medellín.

La feria no contagia de alegría a la ciudad. Esa ansiedad que describió Carrasquilla a fines del siglo XIX, ya no se palpa. El carnaval es como la risa perpetua de Otto Morales Benítez. Ese toque de desparpajo, de capacidad de reírse tanto del prójimo como de uno mismo, contribuye a bajarle el tono solemne a la parafernalia del poder y a tomar la vida con un poco de desdén.

El carnaval, en síntesis, permite tener sociedades más cohesionadas, culturas más creativas y ciudadanos más felices.

Ahora comprenderán, porque vivo con nostalgia de carnaval. ☺

La barrica de roble es la más delicada de las prisiones. Durante el cautiverio, el ron adquiere su color, su sabor, su aroma y su textura.

Todo sucede en medio de la quietud y las sombras. Pero hay espacio para una fuga constante: día a día la barrica deja escapar un poco de su magia encantadora, algo del alma del cautivo. Es imposible verla con los ojos, pero está flotando en la bodega, es la “porción del Ángel” según la creencia de los maestros roneros.

Bodegas de añejamiento del Ron Medellín.
Fábrica de Licores de Antioquia

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD. LEY 30 DE 1986
PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994

Hay días en que somos tan móviles

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

I Nunca lleva pasajeros más allá de la loma de Calazanía. Ese es el límite, me dice. Uno sabe que acaba de entrar a ese barrio porque el aire se siente pesado. La gente te observa con la mirada más dura. Solo hay una calle estrecha para entrar y para salir. Usted tiene que hacerlo en reversa, muy despacio porque hay demasiada gente en la vía, como si todos pensarán que es mejor vivir en la calle que en la casa.

Si una mujer embarazada o algún enfermo me pide el favor de que lo lleve entonces voy, pero casi siempre me niego a subir por allá. Como saben que los taxis no cruzan esa frontera, los usuarios mienten diciendo que van para otro lado; pero cuando uno ya está sobre la ruta, entonces sí le confiesan que van para más arriba, justo donde empieza la calentura.

Esa tarde me cogieron con la guardia baja. Iba por Palacé, en el centro, cuando dos tipos me pusieron la mano. El más alto cargaba al hombro una caja de cartón que, luego supe, eran medias de aguardiente. Cuando empecé a sospechar que iban por esos rumbos ya era tarde. Estábamos entrando por la calle estrecha que le digo. Empecé a sentir que algo me respiraba caliente en el cuello.

—Bájense aquí —les dije.
—Pero si todavía falta una cuadra —me contestó el más pequeño desde el puesto de atrás.
—No importa, el resto lo caminan ustedes
—No sea flojo que acá no le va a pasar nada —me decían.

Ya la luz se estaba yendo. Vea el pedazo de calle como un pantanero todo oscuro, pero así y todo me dio por arrimarlos hasta la casa. La carrera valía trece mil, pero ellos me dieron quince en agradecimiento.

Iba dando reversa cuando sentí el quejido de un perro. Desde las ventanas empezaron a gritar.

—¡Le quebró la patica!
—¡Pirobo asesino!

No vi al animal sino cuando se arrimó donde una viejita que empezó a consolarlo. Caminaba sin cojear.

—No le pasó nada, fue apenas un aporrión —dijo la vieja, tal vez para no armar bronca en la cuadra. Como el carro iba tan despacio, pensé que no lo había estropeado mucho. Seguí retrocediendo hasta que una mujer se puso en jarras detrás de la cajuela.

—¡Bajate pirobo! —me gritó.
—No me voy a bajar.
—Bajate, que nos atropellaste al perrito.
—Así por las buenas... —le dije.
—Bajate o llamo a todos los muchachos del combo.
—Llame a todo el mundo.

—Señor, que haga el favor de bajarse. El que hablaba era un travesti que venía a apoyar a su amiga. Tenía el perro cargado. Abrí la puerta. No se le veía estropeado por ninguna parte.

—Venja vamos pues donde un veterinario. Ella se subió adelante y el travesti atrás, con la chanda.

Cuando bajamos ya era noche cerrada. En el consultorio nos dijeron que teníamos que dejar trecientos de depósito para que lo atendieran.

—¡Acaso lo estoy comprando! —le grité al enfermero—. Mejor vamos a otro lado.

Me habían dicho que en la Universidad de Antioquia atienden gratis a los perros callejeros. Por el retrovisor veía al travesti y a la muchacha, que hace rato venían tomando cerveza. Y por allá en la autopista dijeron que tenían ganas de orinar.

—Yo no puedo bajar —les expliqué—, porque entonces ¿quién se queda con el perro?

Pero apenas se metieron al bar, di vuelta atrás y arranqué.

Regresé al barrio y descargué a la chanda cerca de la loma de Calazanía. Los perros no son bobos. Y tarde que temprano él iba a encontrar su camino.

El abnegado conductor de un Atos 2007 cuenta que hace poco llevó a una singular pareja desde el parque de Santo Domingo Savio hasta la parte más alta del barrio, conocida como La Avanzada. Uno de ellos era un muchacho de gorra y piercing; su acompañante era una anciana, de las que todavía dan guerra. Ella llevaba un costal con una carga pesada. Al taxista le pareció curioso que el pelado no se mosqueara a ayudarla. Unas cuadras después, ella sacó el celular y empezó a hablar de un negocio raro, exigía unas condiciones y, por momentos, tapaba el teléfono para consultarle algo al muchacho. Este era el que tomaba las decisiones, pero la viejita actuaba como vocera oficial.

Unas cuadras más tarde, cuando empezaban a subir la cuesta de destino y la calle se hacía más estrecha, una



motocicleta pasó muy cerca y alcanzó a rozar la lata del taxi. El pelado de la cachucha le gritó al de la moto que parara, también le dijo al conductor que se bajaran a mirar el daño.

—Fue apenas un rayoncito —dijo el chofer. Desde el puesto de atrás la anciana apenas observaba.

—No señor —corrigió él de la gorra—, ese pirobo le dañó el carro y se lo tiene que pagar.

El taxista vio la cara espantada del motociclista y se conmovió. Las ofensas en estos pagos suelen cobrarse demasiado caro.

—Eso no fue nada —aclaró el del Atos.
—¿Cuánto vale ese daño? —insistió el justiciero.
—Bueno, pongamos que valga cincuenta mil...
—¡Se los paga ya!

El de la moto se veía muy pálido. De inmediato, con la cabeza gacha, se esculó los bolsillos.
—Si no la tiene completa ahora, le lleva el resto a la casa.

Por fortuna, el otro encontró sus billetes y le entregó la plata al conductor. Este no se molestó en contarla. El motociclista arrancó sin mirar atrás.

—Por eso es que los taxis ya no quieren subir hasta acá arriba —comentó el muchacho—, porque esta gente daña el barrio.
Reanudaron la marcha. El pelado daba otras instrucciones a la viejita. Le pidió que hiciera otra llamada para explicar por qué estaban retrasados, y que ya iban en camino.

Apenas llegaron a la cumbre, el conductor vio a una veintena de pelados que vigilaban junto a los árboles, a la orilla de la carretera. Todos parecían pendientes de esta llegada. Apenas se abrió la puerta, se acercaron y ayudaron con el bulto a la viejita. Ya se había dado cuenta el conductor de que en ese costal venían las armas. El justiciero se bajó y saludo a otro pelado de su mismo rango. No se hablaba más de lo

necesario. Al final, la vieja pagó la carrera. Los dos combos de esa montaña iban a sentarse esa tarde a hacer las paces.

Los carros se arraciman como cucarrones que tratan de avanzar entre el aguacero. Y si alguien intenta ganar una ligera ventaja, de pronto el otro ya se ha movido para impedirlo. Podría haber esperado a que escampara, pero como de todas maneras me estaba empapando, le puse la mano al primero que pasó. Estuve de buenas. No se cumplió aquella ley que dice: nunca esperes que pare un taxi bajo la lluvia.

A pesar de la parsimonia del trancón, el conductor no daba señales de impaciencia. Al contrario, lucía una risa socarrona, mascaba chicle y tenía buen gusto, a juzgar por el aroma cítrico que perfumaba el carro. Conducía con una elegante paciencia que me hacía pensar en un lord, si los lores manejan taxis.

—Tiene usted mucha paciencia —le comenté.
—No vale la pena el desespere —me dice—. Por eso cuando veo a una muchacha impaciente al lado mío, bajo el vidrio y le digo: Niña, tranquila, no vale la pena sulfurarse. Y por decir eso ya me he ganado varios madrazos. Que no sea metido, viejo hache pe, me gritan. Que si me estreso es porque me da la gana, viejo güevón. No hay remedio con esta gente. Deberían aprenderle a los extranjeros que están viniendo a esta ciudad y nos dan ejemplo. Yo llevo unos cuantos años en este trabajo y siempre me dicen que no comprenden cómo no hay más muertos en la vía. Los suficientes, les digo, para tener contentas a las estadísticas. Y entonces también comentan que no vendrían a esta ciudad si no fuera por las chicas, porque esas sí les hacen ver el cielo. Me viven pidiendo que

les presente a una amiguita para no sentirse solos en sus vacaciones.

—¿Le pasa con frecuencia?
—Casi todo el tiempo. No más ayer bajé a un extranjero por aquí en El Poblado, y cuando le estaba pasando la maleta, me pidió que por favor le consiguiera una chica. Yo conozco una, le dije, pero vale ciento veinte el permiso. El mono no entendía qué era eso, y tuve que explicarle que en el lugar donde ellas trabajan hay que pagar una multa para que las dejen salir después de cierta hora. *No problem*, me contestó. Y entonces llamé a una pelada que vive por Manrique. Le conté la verdad, le dije que había dicho que ella trabajaba en un bar, y que para poder encontrarse con el cliente había que pagar multa. Cuando oye mi propuesta, esta boba me reclama: Que esos ciento veinte también son pa ella, dizque porque es la que hace el trabajo y no yo. ¿Cómo le parece? Vea niña, le digo, si no le gusta así el trato, sepa y entienda que yo también tengo una familia

que alimentar. Y a partir de este momento le informo: usted ya no está en mi lista, la voy a borrar para siempre. No, no, me dice. Vos no sabés trabajar, le dije, y colgué.

Entonces llamé a una que se hace llamar Mireya, a la que conozco hace rato. Muy agradecida, me contesta: Como usted diga, me tenía muy abandonada... yo siempre espero su llamadita. Póngase bien linda, mi amor, que ya paso a recogerla.

El mono quedó encantado con esa peladita, que es una preciosidad. Y cuando vuelvo por ella, como a las dos horas, se me acerca, mete la mano por la ventanilla y me pone algo en el bolsillo. Era un billete de veinte, de los verdes. Tú tranqui, me dice, toda picarona, el cliente quiere amanecer conmigo y le manda esta propinita. Eso sí es bonito. Me puede recoger a las ocho, mañana. Mi amor, le digo, usted sabe que yo no trabajo de día. Yo más bien le mando a un amigo para que venga y la recoja. Listo, mi señor, y no me olvide ¿oyó? Tranquila, mi tesoro,

que usted es la primera de la lista. Esa es una niña de las que se porta bien —dice el chulo que hasta hace poco parecía un lord, y remata: A veces esos monos se enamoran de las nenas. Como son tan solos y las ven tan lindas, no se resignan a devolverse sin ellas para su país.

—¿Son gringos?
—Gringos no, los gringos que vienen acá son muchachos. No compran ni jabón y recatean hasta un cigarrillo. A mí no me gusta cargar a esa gente. Vienen a esos hostales a fumar marihuana barata y a comer chatarra. Se la pasan dizque en chancas todo el día como si esto acá tuviera playa. Son muy chichipatos.

—¿Y entonces de dónde son esos?
—Yo no sé, de otros lados pero no son gringos.
—¿Y esos son los que se casan?

—Sí, a una parcerita, Cindy, que trabajaba conmigo, se la llevaron pa Canadá a pasar bueno. El hombre estaba más tragado que media de montañero. Una vez vino al barrio donde ella vivía. Por esos días la familia andaba tirando una plancha. El mono los vio en esas y entró en acción: volió balde y lazo toda una tarde con los de la cuadra, hasta que fundieron esa loza. Quien creyera, y sacó esa familia adelante, a la suegra y a tres hermanos de Cindy. A uno de ellos, que era vicioso, le pagó rehabilitada. Ahora tiene un taxi.

—Gente emprendedora —comento.
—¡Muy! —recalca el chulo.

—A mí con los que no me gusta trabajar es con travestis, pésimo negocio. A veces cuando algún mono me pide ese servicio, le digo que no porque ya me pasó cachó.

Una vez le llevé un travesti a un español que estaba antojado. La esposa y él querían tener su experiencia, todobien. Pero el marica ese, en mitad de la fiesta, se puso a chillar, a decir que yo lo explotaba, que me quedaba con la mitad. Entonces me llamaron y me hicieron un escándalo por teléfono. Listo, todobien, les dije, pero eso no se quedó así.

Fui donde un amigo que tiene un bar muy luquiao, vive muy agradecido porque una vez le salvé la vida. Me dijo que lo llamara apenas tuviera alguna urgencia. Y yo nunca le pedí plata. Apenas le conté lo que me había hecho el marica, cómo me había dañado el negocio con el español, ahí mismo me pidió los datos.

Fuimos con dos de sus muchachos por Palacé. Llamé a la loca esa y le dije que los dos señores querían pasar un rato con él. Apenas se acercó, le pegaron una cascada tan berraca que se los tuve que quitar porque se lo iban a llevar.

—¿Llevar para dónde?
—Pues que lo estaban era matando, ¡güevón!

Las historias ya empezaban a ponerse de un tinte más castaño. Me daba asco este chulo.

—Dejame aquí —le dije.

—¿Cómo así güevón?, —me replicó—, ¿y es que vos vivís en un parqueadero?

—Sí, yo vivo en este parqueadero —le dije con sequedad—, ¿Cuánto te debo?

—Cinco mil.

Antes de arrancar me llamó para entregarme algo: era su tarjeta de chulo profesional. Mientras caminaba por esa avenida fui haciendo añicos el papelito. Llevaba los fragmentos empuñados en una mano como si se tratara de las partes de un cadáver exquisito. ☹



Volvemos a Capurganá, seguiremos con la tarea ¡Apóyanos!

19ª JORNADA DE ESTERILIZACIÓN CAPURGANÁ

Nuestra estrategia es abarcar poblaciones animales por completo y dada la receptividad que tuvimos en Capurganá, repetiremos. Sigue apoyando nuestra labor y ayuda a salvar más vidas.

Enero 2015 Meta: 200 animales
Valor: \$50,000 (Cubre el valor de la cirugía de esterilización de un perro o gato de la región)

Cuenta ahorros Bancolombia
238 974972 21 a nombre de RAYA
corporacionraya@une.net.co





Alejandro García Restrepo
La cantante
Lápiz grafito sobre papel
21,5cm por 15cm

Desde hace unos meses la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín y Universo Centro hacen una investigación sobre historias, calles, personajes y recuerdos de barrios de la ciudad. Invasiones y demoliciones, planos y decretos, juntas de vecinos y cantinas emprendedoras. Publicamos un adelanto de lo que posiblemente será un libro de Medellín y sus aglomeraciones.

Vengo de La Villa

A la memoria de mi alumno y amigo
José Daniel Lopera.

¿Nos lleva por favor en mil hasta La Villa por la de atrás? Y así, rapidito, sin más, se trepan al bus. Qué tan perezosos, pensé mientras los dos muchachos, riéndose, tomaban vino de una botella plástica. Entre la calle San Juan con la carrera 80 y La Villa habrá si acaso unas doce cuadras, ¿pero a mí por qué tiene que importarme si “la juventud nació cansada” como rezonga tanto viejo? Envidia, tal vez, de saberlos dueños de su viernes, sentados en la última banca como unos príncipes, y todo, después de haber pagado solo un cuarto del pasaje.

La famosa Villa, no esta ciudad que también ha tenido su fama y que todavía algunos llaman en presencia del turista “La Bella Villa”; no, para mí, y seguro para estos dos, La Villa es una plazuela rodeada de apartamentos, oficinas, licorerías, locales comerciales, y claro, también ese pedacito de montaña adonde subíamos a contar carros (45 azules, treinta rojos, los amarillos no valen) y a probar la marihuana.

Este es el lado que más conozco de la ciudad que me tocó en suerte, y así camine como un autómatas que se deja llevar por la inercia del paso, me doy cuenta si cierran una tienda, cambian un poste de lugar o los buses se desvían un poco de su ruta. Ahí por ejemplo, a mano derecha, si adelantamos de sur a norte, queda El Viñal; la música tropical suena con ganas y parejas y grupos de amigos conversan, beben, libres al fin de los mandatos de la semana. Antes, esa terracita improvisada donde se apiñan las mesas, no existía, y yo me sentaba en el quicio de la puerta de lo que era otro Viñal a tomar cerveza con dos o tres amigos de la primera juventud.

—No hacés sino estorbar con esta chatarra pa si mucho mover diez cristianos —le dice al busero un tipo a manera de saludo y se trepa antes de que el semáforo cambie a verde. El conductor se defiende; levanta su queja contra el transporte pirata, habla de los taxis y de esas motos que no dejan trabajar, pero al fin mira a su amigo y señalando al crucifijo de la cabina, da gracias a Dios porque hay salud y coloca.

Diez pasajeros. Si el hombre los hubiera contado no hubiera sido tan exacto, yo sí los conté, somos diez; sin embargo, si tenemos presente la disposición y el ánimo de los dos de atrás, ocho poco o nada valemos: tres mujeres, cuatro hombres, por las trazas, empleados cansados que vuelven a casa, y yo, que después de darle vueltas, al fin decidí, sin mucho convencimiento, ir a comerme el primer bocado de mi vida a la casa de una pareja amiga.

—Le marco, pero usted la invita —le dice un muchacho al otro y todos oímos. La mujer de la banca contigua a la

mía volteá la nuca para verlos hacer marmos con el celular; me sonrío cómplice, yo le devuelvo la sonrisa, aceptando con ella que son jóvenes y todo les luce.

El bus para bajo el puente peatonal y los de La Villa nos bajamos. Desde el andén veo a los dos amigos esquivar carros y ganar la otra acera, siento el impulso de hacer lo mismo y cruzar bajo mi propio riesgo, pero volteo para buscar el puente. Un grupo de gente forma una medialuna mal hecha frente al ventorrillo de perros. Salen esos barcos coloridos y siento el olor de la tocineta frita. ¿Al fin sí se decidirían a llamar a la muchacha? Seguro ya saben hacia donde va a tirar su noche y están comprando más vino para celebrar su suerte o para olvidarse de ella.

El pequeño anfiteatro de cemento, con su escenario enclavado en la montaña, ya es manga corriente y grupos de jóvenes se reparten el lugar. ¿Cuántas volquetadas de tierra tendrían que haberle echado para taparlo? Quedan unas barandas y una estructura de concreto coronada con un grafiti de letras grandes y redondas: Comunidad cannábica colombiana. Como si los ociosos artistas hubieran querido recordarles a los moradores de los apartamentos vecinos que los marihuaneros son legión y están unidos. En pleno conciliábulo, custodios del secreto, nuevos “gángsters de corazón tierno” pisan la tumba del escenario de viejos conciertos rock.

Un rapero que sostiene una grabadora apagada se queda mirándome, me doy cuenta de que he estado dando vueltas sobre mi propio eje, que olvidé la rampa que lleva al puente, que desentono perdido en medio del humo y la fiesta de otros.

“Los grandes bulevares de Orán se van invadiendo a última hora de la tarde por un ejército de simpáticos adolescentes que hacen los mayores esfuerzos por parecer malos. Las jóvenes oranesas, que se sienten desde siempre prometidas a estos gángsters de corazón tierno, exhiben también el maquillaje...”. Paladeo la letanía, hago esfuerzos por recordar cómo continúa la frase de *El verano*, ese librito de Camus que me regalaron cuando apenas empezaba a salir de la adolescencia, la repito mientras hago sonar las latas del puente y pienso que la juventud es igual y distinta en todas partes, una verdad de a puño. “Los grandes bulevares de Orán...”, ya no sé cómo sigue, se refería a esas jovencitas como a las “Marlenes” y el sol se podía leer en esas páginas. Hasta ahí llego, pero no importa, ahora es de noche y ya estoy del otro lado, en plena plazuela.

No deben ser ni las ocho y esto está repleto. Se me olvidaba que por esos lares la fiesta empieza temprano y siempre acaba a las once, cuando los celadores pasan entre la gente, muy comedidos, para advertir que la noche en



La Villa se terminó, que pueden, eso sí, entrarse a uno de los bares y seguir en lo suyo. Pero como se trata de gente muy joven, algunos sin cédula, casi todos, ya a esa hora, solo con la plata justa para pagar el pasaje, no hay opción de quedarse y los grupos se dispersan buscando muritos aledaños donde terminar la botella o simplemente dan por finalizada la faena y vuelven a sus casas.

Embelesado con el gentío, me arrimo sin mirar a la licorera de la esquina; ni la reja ni las botellas, aquí ya queda *Paisanas*, *arepas rellenas*. Deja uno de pasar unos días y le cambian el escenario. ¿Pero si se acabó *Marcelino Pizza y Vino*, que también quedaba aquí y era el lugar de celebración de las buenas calificaciones y de los cumpleaños de la infancia, me va a molestar que ahora en este local vendan arepas gigantes en vez de licor? Además, trago se consigue en todas partes y yo solo busco una Breña grande para mí y una botella de vino para no llegar con las manos vacías a la casa de mis amigos.

Bordeando la plazuela se llega a *11 eleven licorera*, y si hay tiempo y la fila no agobia, uno se entretiene viendo desfilar muchachitas desde la nevera de las cervezas hasta la caja registradora. Estoy de suerte y me atiendo rápido. Salgo con mis compras y empiezo a caminar hacia el apartamento de María Fernanda y Camilo; ojalá todos los académicos que van a celebrar el grado de doctorado de mi amiga tengan un sábado ocupado y no se pasen del vino o de la cerveza a los destilados, en fin, y si así es y me pica la lengua, pues no importa, llevo la resolución de seguir sobrio bien amparada por una soda litro y cuarto.

Todavía no salgo del costado oriental de la plazuela hacia los bloques que colindan con el barrio Miravalle, pero está muy temprano, si me les aparece voy a ser el primero, entonces doy media vuelta en *Barrock* y busco un pedacito de escala en la gran herradura.

“Y pensar que hace unos años esto era un potrero y verlo ahora...”, recuerdo que así hablaba mi abuelo por allá a finales de los ochenta, cuando La Villa todavía estaba nueva y yo reteñía la plazuela con mi primera

por JORGE IVÁN AGUDELO

Ilustración: Alejandra Congote

—Nada, vino, pero este güevón nos llevaba ventaja y además no sabe beber —y con la suficiencia del experto se paró en un solo pie, hizo el cuatro, como se dice, y recalzó:

—Vea, yo estoy como nuevo.

—No hagás bobadas y vení acomodemos bien a este.

Lo recostamos mejor a la columna y algo nos dice en el lenguaje de los borrachos dormidos mientras da manotazos al aire. En esas llega el tinto doble; el mensajero, sin mediar palabra, se acuclilla al frente de su amigo y empieza a zarandearlo.

—Despertate marica pa que te tomés esto —le dice entre sacudida y sacudida, pero el hombre, como si no fuera con él, murmura sus incoherencias y se reacomoda.

—Dejalo, dejalo, mejor le mojamus la cara —digo yo que ya soy algo más que un metido y busco la soda. No la he terminado de sacar de la bolsa y veo cómo les brillan los ojos y me celebran.

—Eso, echémole eso encima —propone feliz el que dice estar como nuevo y se adelanta para coger la botella.

—No, no, préstame mejor ese buzo.

—Y mi buzo por qué...

—Prestáselo —tercia el otro y al fin me lo entregan.

Destapo la soda, mojo bien una de las mangas del buzo, me agacho y empiezo a empararle la cara al borracho; en esas estoy cuando desde atrás le cae en la cabeza un chorro largo de Breña helada. No sé si aplaudirlos y reírme con ellos mientras el convaleciente hace pucheros de ahogado y abre unos ojos inmensos.

—Bueno, por lo menos que se tome el tintico —le digo al ocurrente al tiempo que le entrego el buzo y recupero un cuarto de mi soda.

—Cucho, muchas gracias, ¿sí quedó algo o le compramos otra botella?

—No, no te preocupés, así está bien —y me despido dándole la mano a cada uno, hasta al borracho, que se lleva el vaso desechable a la boca sin saber muy bien qué está tomando ni qué pitos toco yo ahí parado deseándole suerte con el guayabo.

Después de jugar al buen samaritano como mínimo me merezo un pavo. Ahora pienso que hice bien en venir, la noche de La Villa no envejece, se renueva y nos recibe. Ya son varias las generaciones de adolescentes que han andado por aquí, algunos, me cuento entre ellos, volvemos de vez en vez a pasar revista, a encontrar en estas escalas corrillos que no nos reclaman pero nos regalan su desparpajo, su antojo por todo lo que dispensa un viernes y su noche.

Salgo de la plazuela y mientras me anuncio con el portero del edificio me acuerdo de una celebración parecida, la última a la que fui. Llegué tarde, pasadas las once, y después de saludar a mi amigo, el dueño de la casa y de la fiesta, fui por un trago y me arrimé a uno de los grupitos. Una muchacha, hasta bonita ella, me preguntó de dónde venía; yo, que había estado bebiendo media tarde, le contesté con toda la inocencia que de la casa, me imagino que para recalcarle que esa no era la última parada después de varios bares. Sin embargo, por el tiempo que había estado ahí parado escuchándolos, debía saber que ella no me preguntaba por un lugar físico sino por uno más extraño, el nicho de la profesión; algo así como venir de las artes plásticas, de las matemáticas, de la antropología. Lo cierto del caso es que la chica no estaba para respuestas literales, o como lo dijo después poniéndole la queja a mi amigo, para chistecitos destemplados.

El portero me da entrada y subiendo los cuatro pisos pienso que es una lástima que escenas como esa no se repitan; hoy no voy a tener chance de responder haciéndome el despistado: vengo de La Villa de tomarme una garrafa de Tres Pachangas. UC

ciela. No sé si feliz o aterrado con una ciudad que cambiaba antes de que él pudiera conocerla, siempre habló de lo que parecía como si constatarlo le sirviera de norte para no perderse. ¿Qué diría si viera estos desfiles? En los noventa para mí era fácil identificar los gustos musicales de otros jóvenes por su ropa y sus adornos: los de la cresta, las botas altas y los pantalones ceñidos y remangados; los de negro con el pelo hasta la espalda, y esa inmensa tropa que se identificaba por las franelas coloridas, los viejos sacos de lana y su veneración por Kurt Cobain, ese muchacho de Seattle que parecía haber inventado la tristeza para nosotros. Ahora, sentado aquí con el mismo discutible derecho de esa pareja de abuelos jóvenes que beben cerveza tranquilos mientras su nieta juega con un San Bernardo que le aguanta todos los oprobios, solo veo a muchachos desprevenidos conversando en pequeños grupos, paseándose, mirando y dejándose mirar, alentando a sorbos primeras borracheras. ¿Estos inocentes festejos a cuántos les irán a enredar la vida? Me prohíbo la pregunta, es menester olvidar el futuro y disfrutar de la noche, así sea de manera vicaria, como simple espectador de la fiesta de otros.

Ya es la segunda vez que los veo pasar, dan tumbos con su amigo a cuestas, y a la tremenda borrachera que lleva el pobre, le suman el martirio del paseo y el escarnio.

—Esperen, esperen, por qué no lo sientan —les digo mientras me paro y les señalo la escala al lado de la columna.

—Es que no puede llegar así a la casa —me contesta uno de los muchachos entre prendido y aterrado.

Ya van a seguir con el viacrucis, pero yo, solidario con el gremio, insisto: —En una de esas se les cae y además de borracho llega aporriao.

Al fin lo descargan y me miran como preguntando: ¿Y ahora qué hacemos? —Andá traete un tinto —le digo al que parece más desperto.

Me quedo con el otro cuidando al borrachito, viéndolo dormir con una sonrisa beatífica, imperturbable.

—¿Y qué tomaron pues?

CIRUGÍA CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clínica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Desempolvando a los muertos

por CAROLINA BEDOYA MONSALVE
Y TRISTAN DELAMOTTE

Fotografías por la autora



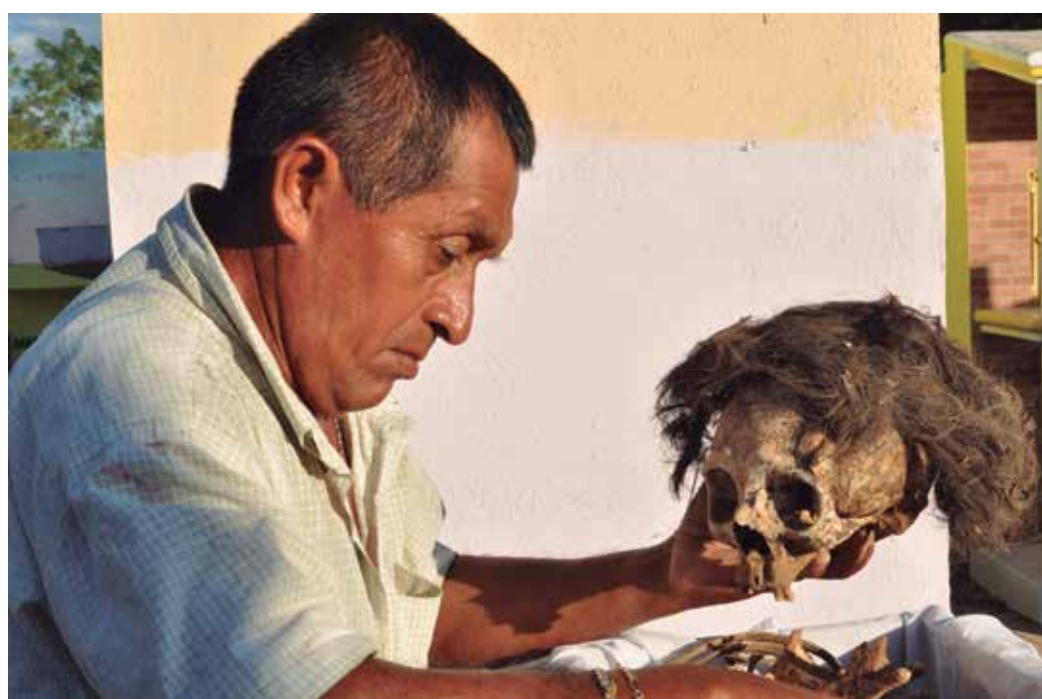
Algunos cráneos observan a los que pisan su tierra. Sobre una colección de osamentas, asoman lo que les queda de nariz por la puerta entreabierta de un pequeño baúl de madera. Esta imagen recuerda a los aventureros del mar que incursionaron a la ciudad de Campeche, al sur de México, entre el siglo XVI y XVIII. Pero el pueblo de Pomuch, ubicado a una hora de este viejo puerto de piratas, no se mira en esta historia. De origen maya, los habitantes heredaron de sus ancestros una tradición que a simple vista parece tétrica. Unos días antes de la celebración del día de muertos, cientos de personas acuden al panteón para limpiar los huesos de sus difuntos. “Es una muestra de respeto, la gente de aquí lo ve como algo normal; es mi padre, mi abuela, mi esposa... el amor no desaparece con la muerte”, explica el presidente municipal, Sebastián Yam Poot.

Un estudiante sale de la escuela, una mujer regresa del mercado, un policía controla el tráfico de los 120 triciclos que transportan a la gente por las pequeñas calles de tierra. El pedaleo de un hombre, bajo el agreste sol de Pomuch, cuesta mil pesos colombianos. En el camino, bajo la sombra de las casas, unas mujeres venden pedazos de tela bordados o pintados. La mayoría son motivos florales o relacionados con la personalidad de los difuntos: un martillo para los carpinteros, un bate para los aficionados al béisbol, una cruz y el nombre de la persona. “Los manteles son cada vez más pintados que bordados”, subraya Carlos Yam, presidente de la asociación Maya Kin, cuyo objetivo es preservar y promover la cultura maya. “Esto se debe en parte a la crisis económica, pues es más barato pintarlos”. Durante el día de muertos, los difuntos están de fiesta y deben vestirse con sus mejores galas, al igual que los vivos.

Agachado en uno de los callejones del panteón, Arnulfo limpia uno por uno los huesos de su suegra. Con una tela quita el polvo pegado de la piel seca y maloliente. Empieza por las piernas, luego los brazos, las caderas, las costillas y después las partes más pequeñas. Al final limpia el cráneo y cuando de repente este se rueda lo recoge cuidadosamente. Pone los restos en una pequeña caja de madera cuyo mantel fue cambiado antes. La tapa se deja abierta, para que el alma pueda encontrar así su refugio y mirar a los ojos a sus familiares que vienen a visitarla. Junto con su padre y su esposa, Arnulfo regresa el baúl hasta la parte más alta del osario colorido, el domicilio del difunto. La tarde cae. Sus dos hermanos, quienes perdieron la vida a causa del sarampión en la época de Gilberto —dice Arnulfo refiriéndose al huracán de 1985—, deberán esperar su turno para el día siguiente.

La cuenta de las personas que descansan en este panteón se perdió. Muchos no saben exactamente el origen de esta tradición que podría relacionarse con el ritual maya Hanal Pixán, que significa comida de muertos. Con la llegada de los españoles vino la mezcla de costumbres y duelos y se creó un sincretismo. Pero lo importante para los pomuchenses es perpetuar las tradiciones heredadas de sus abuelos. Hoy, Arnulfo transmite todas las indicaciones a su sobrino de ocho años que escucha muy atento. Esto representa un orgullo para él y su familia. “Nada es casualidad, todo tiene una razón de ser. Aquí, cuando uno se casa, es para toda la vida y después de la muerte también”, agrega doña Cristina mientras acomoda a su esposo en la caja.

En una calle estrecha, un hombre pinta un osario. Desde hace nueve años, José Alfonso Hernández Aké se encarga del mantenimiento del lugar. Cuando la familia no puede desempolvar a sus muertos, recurren a él para que se encargue a cambio de unos cuantos pesos. También exhuma los cuerpos de la tumba para meter los huesos en los baúles. Hay que esperar tres años para esta tarea, relata el guardián del panteón. “A veces, el cadáver se ha momificado a causa de los medicamentos. Hay



que cortarlo en varios pedazos con un cuchillo para que entre en la caja. Se hace aquí mismo en el panteón, al lado de la tumba, junto a la familia. No es un trabajo fácil pero alguien lo tiene que hacer.”

Todavía algunos cráneos conservan su cabello, incluso unos, su bigote y hasta su sombrero. Otros están abandonados en el suelo. “Al ver algunos muertos olvidados me da mucha tristeza. ¿Cómo pueden dejar tirados los huesos de sus seres queridos?”, confía José Isabel quien vino con su esposa para limpiar a sus abuelos. Afirmo que no le tiene miedo a la muerte, sino a que lo abandonen y su alma quede vagando sin que nadie le pueda encender una vela para encontrar el camino. Para que no pase esto, José Francisco prefirió tapar el osario de su padre y espera que hagan lo mismo con el suyo: “Mis hijos viven lejos, cuando muera, ¿quién me va a cuidar?”, se pregunta este albañil.

En algunos estados como Oaxaca o Michoacán las tumbas están adornadas con *cempaxóchitl* o flor de muerto, comida, copal, incienso y una foto del difunto. La gente llega al panteón para cantar y tomar mezcal con sus familiares en la celebración. En cambio en Pomuch la fiesta se hace en privado, en la casa. Aquí se dice que no hay que llorar mucho al muerto, pues su alma no podrá descansar. “Al principio estamos tristes, claro, pero cuando venimos al panteón es para recordar los buenos momentos vividos con la persona”, narra Gladys, la esposa de José Isabel.

El 31 de octubre se prepara el regreso a la tierra de las almas de los niños. Luego, el primero de noviembre, el de las Nacuch Pixán, las almas grandes. El hogar debe estar completamente limpio y ordenado, de lo contrario las almas no podrán disfrutar del reencuentro, y se pondrán a hacer los quehaceres. En las primeras horas del día, las familias cocinan los diferentes platos que les gustaban a los difuntos y los ponen en el altar junto con una foto, flores y veladoras. Para los niños son dulces, frutas, chocolate caliente y caldo de pollo. Para los adultos, un plato típico que se prepara solo para esta fiesta. El Mukbill pollo o pibipollo es un tipo de tamal de maíz relleno con pollo o puerco y cocinado bajo la tierra con leña y piedras.

Antes de comer, se enciende una vela para cada alma. Las rezadoras van de casa en casa. Se reparte la comida. La gente va al panteón, prende otra vela y pone flores en el osario. Rezan de nuevo. Se regresan a su casa o van a ver el desfile en la plaza del pueblo. Ocho días después inicia el Bix o despedida de las almas, listas para regresar al otro mundo.

Desde hace dos años el gobierno local tiene la voluntad política de preservar y dar a conocer la tradición de limpiar los huesos. Diferentes eventos culturales se organizan para desarrollar el turismo e incrementar la economía, basada principalmente en la agricultura. Una delegación rusa especializada en la oferta turística fue recibida este año y grupos de turistas americanos llegan para visitar al panteón. Venancio Tuz, uno de los encargados del mantenimiento del lugar, se propone entonces como guía y desempolva una y otra vez los huesos, más que limpios, de su abuelo. Su esposa lo alcanza cuando hay que hacer esta demostración frente a los medios de comunicación y se pone a rezar, sin mucho ánimo. Los pomuchenses están muy orgullosos de sus tradiciones y les encanta compartirlas. Pero el cambio y las visitas no les gustan a todos, una abuelita frente a un osario se queja de que un gringo le robó el cráneo de su esposo. ☹



Ver, Pensar y Hacer
TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A Nº 43E-5-3º piso · 301
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

KLUNKERKRANICH

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografías por el autor

En octubre y Berlín estaba en vísperas de celebrar los veinticinco años de la caída del muro. Había exposiciones públicas a las que no se podía faltar, pero esta ciudad no vive solamente de aniversarios. Por eso le dije a Silvia, mi amiga alemana, fotógrafa y artista, que me llevara a un sitio que a ella le pareciera atractivo para visitar, aun en su cotidianidad. Se mostró escéptica ante lo que yo podía estar buscando, pues la ciudad da para todos los gustos, pero finalmente me citó un día a las tres de la tarde en una esquina de su barrio Neukölln, un lugar atípico donde conviven, entre otros, turcos, árabes y alemanes *sui generis* con inclinación a la vida poco convencional.

Silvia me advirtió que iríamos en bicicleta, así que me conseguí una que me quedaba dos tallas más pequeña y no le gustaba frenar, pero andaba. A las tres —hora prusiana—, llegó ella con su hija Elizabeth sentada en una sillita en la parte trasera de la bicicleta. Saludé a esa muñeca de pelo casi blanco con una sonrisa y un *hallo* que pretendía hacerle pensar que yo hablaba alemán, y luego saludé a su madre en inglés. —Vale la pena decir que la mayoría de los alemanes no tiene problema en que alguien se les dirija en esta lengua. Muchos la hablan, y en caso contrario se muestran abiertos a encontrar un punto medio que permita la comunicación—.

—Vamos para el Klunkerkranich— me dijo ella—. Es el lugar que te mandé anoche por internet. ¿Te parece bien? —Celebré la decisión por cortesía, sin mencionarle que se me había olvidado mirar el link.

Ellas arrancaron y yo las seguí a la rueda. Cuando la calle era adoquinada, Silvia andaba por la acera. Pasábamos zumbando por el lado de los peatones y de vez en cuando alguien protestaba. “No te preocupes, quejarse es típico de los berlineses más viejos”, me explicó, haciendo alusión a la fama de brabucos que tienen los locales. Otras veces

avanzábamos por la ciclorruta, o por la misma calle cuando no la había. A pesar de ir con su pequeña hija, Silvia no mostraba ninguna duda en los cruces. Los carros debían detenerse y lo hacían sin que ella tuviera que pararse a pedirles permiso. Yo, atrás, hacía fuerza cada vez que veía los vehículos frenar en seco, a punto del desastre, esperando como mínimo un insulto que nunca llegó.

Pero estábamos en Alemania y poco a poco me relajé y me dediqué a mirar el paisaje. Mis preferidos eran los grafitis en fachadas de edificios, en techos inclinados, en botes de basura, incluso en carros o en el piso. Estaba aprendiendo a reconocer algunos artistas callejeros de la ciudad, como los “IUP”, una *crew* que deja su firma de letras gordas en los lugares más arriesgados, como altas cornisas o trenes del metro. En otras zonas de la ciudad los propietarios mandan a repintar y los grafitis van desapareciendo, pero en Neukölln, así como en los barrios vecinos de Kreuzberg y Friedrichshain, mucho se deja a la voluntad de los maestros del aerosol. En ocasiones, la administración de un edificio se adelanta y contrata un artista para que haga un mural en la fachada.

Después de andar unos quince minutos, Silvia se detuvo ante a las puertas traslúcidas de un centro comercial tipo Premium Plaza, es decir, lo último que yo tenía en mente visitar en una ciudad como Berlín. Pero ella amarró la bici, sacó a su hija del asiento trasero y se encaminó hacia los ascensores, donde entramos con un grupo heterogéneo donde no podían faltar una o varias mujeres con la cabeza cubierta. Estas últimas bajaron en los pabellones de tiendas de ropa mientras que nosotros seguimos hasta el último piso, el de los parqueaderos. En un primer momento creí que mi amiga estaba perdida, pero no. Comenzamos a caminar hasta llegar a una rampa que finalmente nos condujo al techo del edificio.

Allí nos recibió el pequeño caos de una huerta sembrada en guacales y estivas reciclados. La gente se perdía



entre el olor de las aromáticas y las hortalizas, autorizados para regar, tocar y contemplar. Enseguida pasamos a un segundo espacio donde alguien nos dio la bienvenida con una sonrisa y una invitación. A nuestra derecha había una serie de mesas con vista a la ciudad, y a nuestra izquierda una construcción de madera que resultó ser un bar con tres barras para la venta de cerveza, pizzas y bebidas hechas con yerbas frescas. Los *bartender* eran jóvenes vestidos cada uno a su gusto y con una actitud relajada. En medio de todo había un enorme pozo de arena donde la pequeña Elizabeth se sumergió sin pensarlo.

Mientras tanto, Silvia y yo nos acercamos a la cornisa y desde allí ella me señaló algunos lugares célebres de la ciudad: la Torre de la Televisión, que es el gran monumento a la tecnología erigido por el gobierno de la RDA para demostrar los avances tecnológicos del comunismo; la puerta de Brandeburgo, monumento histórico que quedó aislado del público durante los tiempos del muro; Potsdamer Platz, la parte moderna que ahora pretende ser el centro de la ciudad sin divisiones; y, en cierto punto, la única colina visible en la planicie berlinesa, correspondiente a una montaña de escombros de las ruinas de la Segunda Guerra, que las viudas y los niños amontonaron para tapar uno de los tres grandes refugios antiaéreos que mandó a hacer Adolf Hitler, cuando despertó y se dio cuenta de que les iban a llover bombas aliadas como arroz.

El atardecer de otoño fue cayendo entre arboles. Bandadas de aves migratorias hacían fintas en el cielo, siguiendo los quiebres caprichosos de una danza ancestral. En nuestro techo

algunas familias se fueron retirando y el bar se fue convirtiendo en el punto de encuentro de gente más joven. El día corría y el lugar mutaba, fiel a su filosofía de introducirse en las fisuras de lo establecido. Con los días fui descubriendo que el Klunkerkranich era apenas una muestra de tantas iniciativas colectivas no convencionales que hay en Berlín. No parece que fueran proyectos basados en ideologías para cambiar el mundo, sino en abrir un poco más el espectro de las actividades humanas, sobre todo con aquellas que privilegian la creatividad y lo transitorio.

De modo que no son solamente techos de centros comerciales, sino bodegas o fábricas abandonadas, edificios sin uso definido, lotes baldíos e incluso un enorme aeropuerto en desuso —que los ciudadanos, por medio de un plebiscito, exigieron que se dejara tal como estaba para ser usado como parque—. En estos lugares la gente ve una oportunidad, y se los toma o arregla contratos singulares que les permiten hacer uso del terreno por un tiempo determinado. Así es por ejemplo el RAW, las viejas bodegas del ferrocarril en Warschauer strasse, donde uno puede encontrar desde juegos para niños hasta discotecas que funcionan toda la noche; desde viejas chimeneas usadas por escaladores hasta pistas de *skate* bajo el techo ruinoso de alguna *warehouse*; desde salas de exposición en sótanos inverosímiles hasta mercados agrológicos y fiestas gastronómicas. Todo eso y aún más en un ambiente donde la decoración está a cargo de los artistas callejeros, y donde mucha parte del mobiliario es recogido de la basura y reciclado. Los inmigrantes africanos se encargan de la venta de droga, que realizan con respeto por el lugar sin generar violencia. Allí nunca vi un policía, y al mismo tiempo reinaba un ambiente de paz y libertad que al menos aquí todavía no conocemos.

Regresamos a casa a primera hora de la noche. El viento frío se sentía cortante en la cara de los ciclistas, luego se fue convirtiendo en una caricia fantástica. Era imposible no sentirse enamorado de una ciudad que parece desmentir el mito tropical de que un cierto número de reglas claras e interiorizadas acerca del espacio público y la propiedad ajena, impiden la creatividad y la vida espontánea. Se dice que después de la barbarie nazi y del absurdo comunista que aisló la mitad occidental de la ciudad del resto del mundo, Berlín ha entrado en una especie de liberalidad prolongada donde lo importante es hacer y dejar hacer. Son veinticinco años continuos de celebración que todavía continúan. A pesar de ser una ciudad en bancarrota para los estándares del primer mundo, Berlín tiene ese encanto que ofrece siempre lo que está todavía inacabado. De ahí que la frase del recién renunciado alcalde Klaus Wowereit, de que Berlín es “pobre pero sexy”, se haya convertido en un verdadero lema, pues es difícil encontrar quien se resista a sus embrujos. ☺

Confite S.A.

“Nunca olvidas, lo que te hizo triunfar”

“Nunca olvidas lo que te hizo triunfar”. Ley de mercadeo, ley de vida, aparentemente lógica y elemental. Con el éxito llegan muchos beneficios pero el mismo éxito trae dificultades y exigencias para su continuidad y disfrute. Hasta los momentos ideales necesitan mantenimiento. En póker, dicen los entendidos, “un juego bueno, nunca se cambia”, máxima que parece no tener en cuenta la ambición.

Los vendedores de confites de los buses han aplicado esa lógica hasta saciarnos y ahora se acercan a la saturación de la clientela, o sea a la extinción de la misma.

Al principio fue un confite, una golosina, un *break* en el viaje, un “cariñito” para llevar a casa, un detalle para la secretaria que te deja pasar, un símbolo de amistad.

Ese producto encierra un concepto trascendental y afectivo, un entretenimiento, un “quemador” de estrés y de fatiga en el viaje, o como dicen los costeros, un “tentempié”.

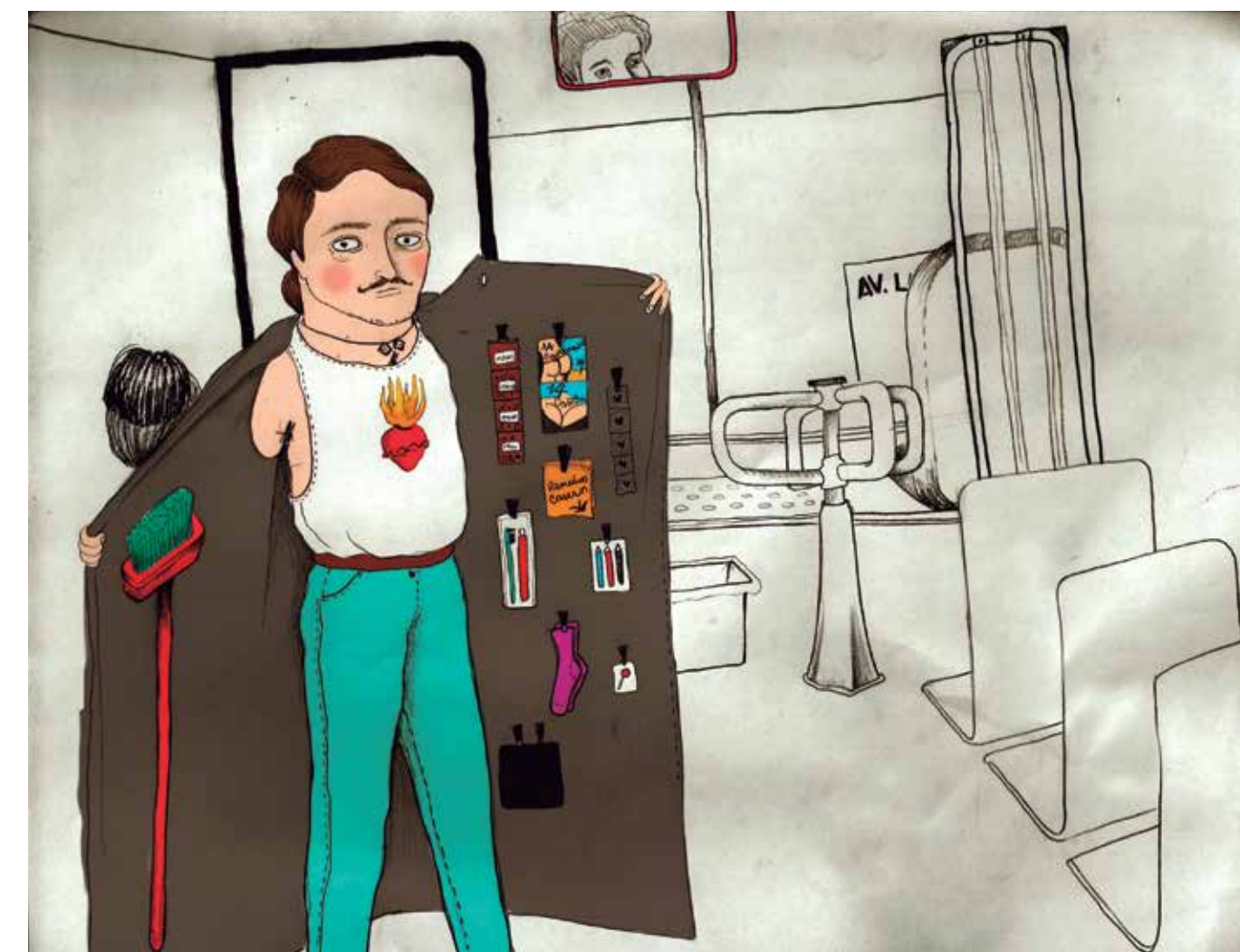
Con ese ingenio pero significativo confite, nació el negocio. “Sandiego-LaOriental-Iglesia de San José-Edificio de los Espejos”. Este pregón es el nuevo medio, es el *lobby* para atraer pasajeros que requieren de guía y es lo que les entregará el pasaporte para llegar al pasillo del vehículo y acondicionar la variable plaza-bus. “Al conductor y a Dios les será agradecida su participación y el apoyo a esta digna forma de trabajo, sin recurrir al robo o a otras prácticas ilícitas”.

La variable precio constituye en gran parte la *reason why* del parlamento promocional: “Vale trecientos la unidad, dos por quinientos y para su mayor economía; lleve cuatro en mil”.

¿Cómo le quedó el ojo, ah? ¿Quién no lleva, llave? ¿Quién no lleva?

Hasta el momento todo va bien pero de repente surgen deterioros en algunos manejos, por ejemplo, el *copy* se eternizó, nunca cambió y la variable promoción se volvió cliché. Los nuevos en el negocio la copiaron sin esfuerzo y sin aportes, no pusieron nada nuevo, se montaron a “la era del confort”, “van en bus”, en todo el sentido de la expresión.

No hay nada que hacer, copie y lleve, nadie se imaginaba hasta ese momento que esos acabarían el negocio. Usaron sin recato el control C y control V, corte y pegue, ni siquiera piensan el rollo que van a recitar, recitan y toman



por LUIS FERNANDO GIL FRANCO

Ilustración: Titania Mejía

hasta la misma entonación. “Damas y caballeros como ustedes pueden ver he pasado por los puestos de ustedes ofreciéndoles estos ricos confites rellenos de caramelo...”.

También el confite va muriendo lentamente, porque al encanto lo mató su propio padre. Ya no es más el lenguaje tierno, el entretenimiento para acompañar este rutinario viaje, el toque romántico y humano a una dura actividad rutinaria. Ya es el marcador, el kit escolar, el libro de recetas naturistas, el cd con la músicaailable, los evangelios, la estampita de San Arcángel, la toalla para la cocina, el recetario de yerbas medicinales... Eso sin contar con “la expresión de cultura urbana” de los merenderos, las heridas abiertas, el egreso de la cárcel al que le endosaron

tres muertos que no le dieron limosna en un bus, el sermón apocalíptico del pedigueño lleno de vida, del que dejó el alcohol y las pegas o la escueta protesta en busca de la limosna, son rodeos.

La estrategia de precio también fue presa de la mendicidad, la mediocridad y el deterioro: “no vengo a pedir plata, vengo a dar testimonio...”, “vengo de parte de niños y enfermos que reciben lo que sea, cualquier moneda les sirve”, “no vengo por plata, vengo a entregarles este mensaje en forma de estampita la colaboración es voluntaria”, “lleven las estampitas que quieran” (bar abierto), “la donación es a su voluntad y buen corazón”.

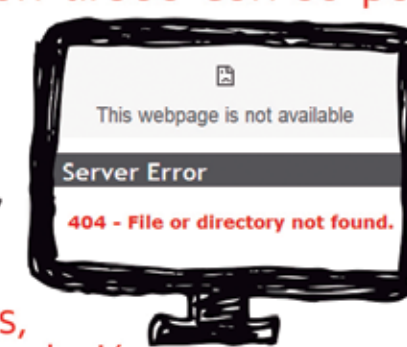
Se deterioró el mercado por saturación, carencia de planeación y control, falta de creatividad y regulación.

Ahora nos montamos al bus y pensamos: el detalle para amenizar el viaje ha perdido su toque mágico, su virtud de piropeo, ya la oferta es repetida y el negocio se les salió de las manos, no se tuvo en cuenta al pasajero, su presupuesto y su fatiga. Se perdió la naturaleza de la oferta, ya cualquiera se monta al bus y ofrece lo que le da la gana, desafía e intimida. Se soporta porque no hay de otra.

Hace poco viajé en bus (temprano como el papa Francisco) y pasé deliciosos, eran las seis de la mañana y los vendedores de confites tienen su jornada después de diez... No les gusta madrugar.

También el cliente puede mostrar sus estrategias frente al cartel del confite, cerrar los ojos y recostar la cabeza contra el vidrio. ☺

¿Lo dejaron tirado con su página web?



Contáctenos, tenemos la solución

contacto@cohete.net

cohete.net, trabajando desde el 2000

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Mamila. Tel: 268 4420



Explicaciones a un cerdo

por ALEXANDER OSPINA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Era diciembre de 2012 y andaba todo el mundo feliz en el planeta porque no se habían cumplido las profecías Mayas. “El mundo se acaba cuando uno se muere”, decían los escépticos. Todos en el pueblo se preparaban para la Nochebuena. Yo celebraría en familia, en casa de mi madre. Era la tarde y estaba comenzando a llegar la gente: mis tías, sus esposos, mis primos, los vecinos. Sonaba música en la terraza. Y en mi habitación todo era tan tranquilo, sonreía leyendo las líneas del *Origen de la vida*, de Ivánovich Oparin, cuando de repente un chillido traspasó mis oídos, sentí una punzada de dolor en el pecho. Bajé las escalas para corroborar la idea que me hacía de un marrano.

Era un cerdo rosado de 120 kilos que refunfuñaba detrás de las estacas de un carro, olfateaba con fuerza la compuerta y cuando se le acercaban retrocedía asustado. Los niños le gritaban: “¡cerdo, marrano!”, mientras jóvenes y adultos se reían y miraban atentos el espectáculo. Dos valientes amarraron su cuerpo con una sogá gruesa. Se notaba la prisa que llevaba el conductor por como apretaba el nudo, era un día de fiesta, ¡claro!, pero también de trabajo, y tenía que transportar a otros cerdos a los banquetes del día. Se hizo a un lado y le dijo a uno de mis primos, al más fornido, que agarrara fuerte la sogá; el cerdo forcejeaba, se resistía a bajar, intentaba soltarse, esparcía por todos lados su agudo guarreo, parecía sentir su desgracia; sabía que si ponía una sola pata en la carretera, acabaría frito en varias pailas, y por un momento sintió que la oscuridad del camión era su único refugio. Pero los hombres fueron fuertes y lo halaron una y otra vez hasta tirarlo al piso. Quiso ponerse en pie al instante, pero la sogá enredada entre sus patas se lo impidió. Cuando pudo levantarse se percató de nuestras miradas desconocidas y hambrientas, mientras nosotros veíamos entre su piel una zanja de carne viva.

Lo entraron a la casa, cruzó el pasillo entre gruñidos que se combinaban con los abucheos de los presentes, algunos lo palmeaban, otros más pequeños se dejaban arrastrar por su lomo, y entre la revuelta se escuchaban frases como: “¡marrano, cerdo, esta noche bailaremos y te comeremos!”. Él no entendía este español, el idioma que fuere era demasiado complicado, y además usado por salvajes. Lo llevaron hasta al patio y lo acorralaron bajo las escalas, él giró su cuerpo y le dio la espalda a la gente. Todos esperaban ansiosos que llegara el matarife, su crimen sería en la terraza.

Me acerqué al cerdo con una jarra rebosada de agua, estiré las manos para refrescarle la herida, reaccionó asustado, luego me miró con seguridad y me preguntó que yo qué quería... Y

como si de un lenguaje divino se tratara interpreté al cerdo, me paré frente a la gente y les grité que se callaran, que no fueran tan inmarranos, que miraran las heridas, lo asustado y confundido que estaba. Para sorpresa mía y del cerdo, unos se fueron como regañados, otros se quedaron a ver qué milagro hacía yo con el cerdo. Me acerqué confiado al ser vivo que se posaba bajo las escalas de mi morada y le toqué suave la cabeza; ahora parecía confiar un poco más en mí.

Insistí, le regué agua por su cuerpo, se refrescó, se despreocupó por un instante y pensó que quizás yo pudiera ser su salvación; debíamos hacer algo rápido, rogar por su vida ante el tribunal de la conciencia, convencer a los asistentes de una huelga marranera, llamar a los de la Revolución de la cuchara, o quizás cerrarle la puerta al matarife; ya por últimas, ¡raparlo! “¡Qué desgracia!”, se escuchó el lamento del desdichado. ¡Pobre cerdo con esos pensamientos, pobre yo ignorante del lenguaje de la vida! Le dije en voz baja que disculpara estos malos hábitos, que era una costumbre ancestral que nos enseñaron los abuelos; que cuando el tiempo era bondadoso y la tierra amplia, se podía tener sin problemas una huerta, animales y hasta veinte hijos; que solamente mi abuela había tenido quince, y que en las épocas de celebración se necesitaba suficiente alimento para reunir a las familias, gente que venía de lejos; los hermanos, los amigos, algunos desconocidos, todos invitados a celebrar la fortuna de la vida, mantener los lazos fraternales. No había por qué extrañarse, hace mucho tiempo que estas matanzas se vienen sucediendo, y así continuará, hasta que los legisladores radiquen una ley más marrana. Mientras cerdo, serás el sacrificio para los dioses que somos nosotros mismos.

El cerdo, al escuchar esto, se recostó sobre un charco que se había formado con el agua; dejado allí entre su peso, miró resignado a la nada. Qué tierno y puro se tornaba su gesto, eran sus ojos un solo universo orbitando en el tiempo, giraba en ellos el misterio de la vida. Le dije que los perdonara a todos, que me perdonara a mí; no podía hacer nada al respecto.

La gente me miraba como diciendo: “este man está loco, dizque hablando con los marranos”. No me importaron sus gestos ni sus miradas, lo abracé; y al estilo Judas, le di un beso en la mejilla y lo entregué a la chusma; marché solo a mis pesares.

El matarife llegó y lo quise conocer, quise mirarlo a los ojos para juzgarlo, para que me dijera con qué derecho hacía lo que hacía. Resultó siendo el mismo viejo de todos los años. No tenía cara de asesino de marranos, en cambio sí, una sonrisa desprevenida cuando mi tía pasaba con un charol en la mano, le hacía un piropo gestual con los ojos y le decía: “mi amor, ¿se va tomar un aguardientico?”, “ahora no, más tarde”, había dicho él mientras sacaba de su maleta varios cuchillos afilados. Se veía en ellos su reflejo. El cerdo no se daba cuenta de nada, ni de la fecha, ni del coqueteo de mi tía, ni siquiera del sonido de los cuchillos que ahora se rozaban con más fuerza.

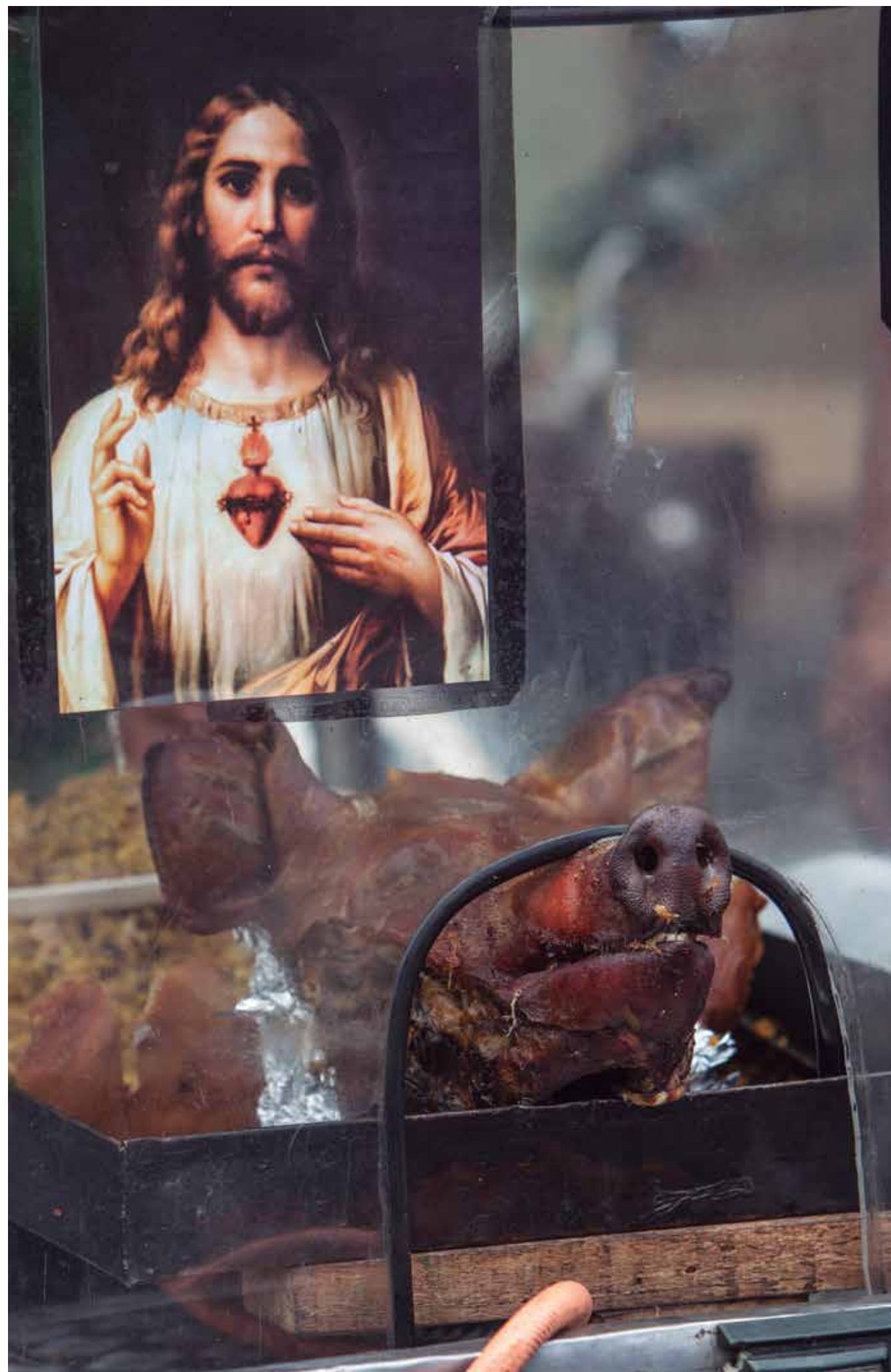
Todo sucedió según las reglas, fue una puñalada en el corazón. El cerdo lloró sobre la sangre de su pecho, retorció la cola, alzó varias veces la misma pata y con breves gemidos fue disminuyendo lentamente su ritmo cardiaco; hasta el último suspiro tuvo pasión por la vida, ahora se había marchado. Ya no había mirada de universo, solo un lente vidrioso que contenía un cadáver. Nada podía salir mal en el sacrificio, ya son muchos años bajo el mismo sino.

No hubo remordimientos, nadie lloró, y en cambio sí, mucha fiesta y alegría, ¡gracias al cerdo!

Caída la noche, me encontraba con esa alegría que genera el amor a la familia; bailaba, cantaba y los abrazaba a todos, les decía que los quería, que los admiraba, que me alegraba verlos vivos después de semejante misterio del calendario Maya. En una de esas pasó mi tía meneando el trasero, llevaba en las manos un charol con copas de aguardiente, y a su lado iba su hija sosteniendo un plato rebozado de chicharrones con arepas. Me ofreció ambas cosas, todos miraban atentos a mi posible reacción, estiré el brazo, dije salud, y me tomé el aguardiente de un tirón, del otro plato tomé un chicharrón gigante, me lo metí a la boca, lo mastiqué sacándole el jugo con gusto, sentí cómo se derramaba toda su bondad por mi estómago, era un delicioso y grasiento cerdo que horas antes había estado bañado en llanto. Nunca antes había disfrutado tanto semejante supremacía. Miré al cielo y agradecí a los dioses por este año más de vida.

Alguien me dijo entonces que cuál era el visaje, que por qué tanto drama, que ya estaban creyendo que me estaba volviendo loco. “¡Dizque hablando con un cerdo!”. Los miré a todos entre mi disfrute, esperé paciente a tragar el bocado, luego, un poco de aguardiente, y les dije:

“Miren señores, si ese cerdo hubiese querido que alguien se lo comiera en esta fiesta, ese alguien sería yo, y por supuesto mi madre que ha preparado toda la comida; y a mi perro, un pedazo grande, con todo el gusto del mundo. Hay otros que ni siquiera merecen mirarlo. No es tiempo para juzgar, eso ya no importa, y el cerdo está dispuesto en platos decorados sobre la mesa mientras nosotros seguimos bailando. Y si no, miren a mi tía, gozando con el matarife”.



MUSEO D ANTIOQUIA

ENTRADA LIBRE
ESTRATOS 1, 2 Y 3

Hasta **5 personas** ingresan con **1 cuenta** de servicios públicos*

Cra 52 No. 52-43 / Pbx (574) 251 36 36 / www.museodeantioquia.co

Contrato con la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín.
* Aplica para habitantes de Medellín.

somos la gente que ve los beneficios de hacer las cosas bien

somos

Haz parte de Somos y podrás acumular puntos con solo:

- ⏱️ Pagar tu factura a tiempo
- 🌐 Inscribirte a Factura Web
- 👥 Realizar compras con nuestros aliados

Innovamos al servicio de la gente

Grupo.epm

Inscríbete ya en www.somsgrupoeppm.com
Para más información, lláma al 44 44 800

En 1955 Ramón Hoyos ganó su tercera Vuelta a Colombia en seguidilla. Tenía 23 años y era un prodigio cuando la cuesta se empinaba aunque pedaleara “despernancado”. Había dejado su trabajo en una heladería y lavaba sus trofeos con loción cada dos meses. Era un deportista tan singular que García Márquez, con 28 años, se vino a Medellín y luego de una conversación kilométrica escribió doce entregas sobre su vida, obra y milagros para El Espectador. Elegimos la que cuenta su primer triunfo en la Doble a San Cristóbal.

UC recomienda lacademilla.blogspot.com

Triunfo por falta de frenos

por GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Fotografías Archivo BPP

A pesar de mi desesperada manera de pedalear en aquella inolvidable prueba a Laureles, vi adelantarse sin ningún esfuerzo a Conrado Tito Gallo, a Roberto Cano Ramírez, a Pedro Nel Gil y a Antonio Zapata. Yo creía en esa época que para ganar una carrera lo único que se necesitaba era pedalear con fuerza, empujar a ojos cerrados hasta llegar a la meta. Pedaleaba despernancado, sin ningún estilo, sin ninguna técnica. Ahora mismo se me critica la forma de correr: me gusta poner el jarrete en el pedal y dejar la pierna bien templada, con el cuerpo completamente descargado en el asiento. Ese estilo me da resultado. Hace cuatro años, en cambio, cuando participé en la primera carrera, no tenía la menor idea de nada. Tenía coraje y deseos de ganar. Pero era un muchacho de diecinueve años, flaco y débil. Pesaba 55 kilos. Hoy peso 66, pero no he engordado: son puro músculo, y los médicos dicen que tengo un tórax privilegiado.

El último entre veinticinco

Aquella carrera a Laureles fue una catástrofe. A lo largo de los 110 kilómetros, en mi vieja bicicleta de semicarreras, sin cambios, no hice más que pedalear inútilmente. A los pocos momentos, se me perdieron de vista los otros participantes. No era mala la carretera, pero no llevábamos carros acompañantes, ni entrenador, ni nada. La presencia de los acompañantes infunde ánimo y confianza. Cuando uno corre como corrí aquella primera vez y se advierte que el pelotón se va desintegrando y uno va quedando atrás, agotado, asfixiándose, se cree que el ciclismo deportivo es algo misterioso, sin explicación.

Con frecuencia he sufrido una pesadilla: trato de correr, muevo las piernas incansablemente, con desesperación, pero no avanzo un milímetro. Así me sentía en la carrera a Laureles. Estaba reventado, y sin embargo los otros ciclistas, frescos y sin apuros, me habían ganado todo el terreno en pocos minutos. Cuando llegué al parquecito de Laureles, que con ocasión del evento había sido adornado con papel de colores, me sentía desconcertado: no veía el comité de recepción por ninguna parte. Ni siquiera sabía dónde era la meta. A alguien que pasaba por el parque, le pregunté: —¿Dónde está la gente? —Uf —me respondió—, todos se fueron hace rato.

Mi mala salud

Siempre he sido muy enfermizo. Y cada vez que voy a participar en una competencia, mi salud me pone a dudar de mis probabilidades. En aquel año de 1951 —que fue el año decisivo en mi carrera— padecía un trastorno del estómago que no me daba descanso. En Puerto Rico se me infectó el ojo izquierdo y tuve que correr después de que me inyectaron dos millones de unidades de penicilina. En la última Vuelta a Colombia tenía gripe cuando salimos de Bogotá, y me estaba asfixiando en la primera etapa. Cuando no es una cosa es otra.

Y en los comienzos, cuando no era la afición al estómago o la forunculosis, eran los tambores de mi maltratada bicicleta. Por eso no cuento, entre mis primeros triunfos, la Doble a La Estrella, que gané corriendo contra Antonio Zapata Arboleda. Cuento la Doble a San Cristóbal, el 12 de junio de 1951, en la cual gané mi primera copa. Y me regalaron mi primera pantaloneta.

Con todo prestado

Para participar en la Doble a San Cristóbal no tenía prácticamente nada. Un sobrino de doña Gabriela Arboleda, la incomparable visitadora social de la empresa donde trabajo, tuvo que prestarme un aro. Se llama Jorge Zapata y en la actualidad es propietario de la bicicleta en que corrí en aquella prueba. Pidiendo prestado aquí, remendando allá, estuve listo por fin para participar en la prueba. Eran diez kilómetros de subida y diez de bajada, y mi bicicleta no tenía cambios. Pero no me importaba mucho. Estaba dispuesto a clasificar de cualquier modo, aunque me rompiera la cabeza en una vuelta del camino.

“Que me echen, si quieren”

En esa época, mi jornada de trabajo era de las dos de la tarde a las diez de la noche. Pensé en el riesgo que corría no asistiendo al trabajo, sin ninguna excusa. Sin embargo, pensé: “Que me echen, si quieren”. Y pensándolo, me puse mi uniforme, la camiseta del club Saeta, y mis zapatos de fútbol. Porque ese es otro de los inolvidables disparates de mi vida: corría con zapatos de fútbol, en una bicicleta sin cambios y sin repuestos. Y —como ya lo he dicho— en el galápagos de hierro. Cada vez que me acuerdo de estas cosas, no me explico cómo pude llegar



a ser campeón. Recuerdo perfectamente la largada, la serenidad de los ciclistas veteranos y el nerviosismo mío. Casi no podía apoyar los pies en los pedales, de tanto que me temblaban las rodillas.

Trepando bien

Al principio todo anduvo bien. Trepé como un veterano, con esa manera de trepar, segura y descansada que he tenido siempre, aun cuando no me ayudaba la bicicleta. Rápidamente, sin forzarme mucho, le saqué un minuto de ventaja al pelotón. En esa ocasión, por primera vez en mi vida, tuve la emoción de los fanáticos animándome a todo lo largo de la carretera. Yo iba en la punta, trepando a un ritmo seguro. Y por todo el camino, hombres, mujeres y niños, con sus instrumentos de labranza en la mano, me animaban con sus gritos a seguir adelante. No conocían mi nombre. Habían salido a saludar a los veteranos, y al ver a aquel muchacho flaco y nervioso que trepaba como un veterano, lo instaban a seguir adelante, sin conocer su nombre. Solo porque lo veían trepar mejor que todos.

“Esta es la copa, Ramón”

Es inolvidable la llegada a San Cristóbal. Había música y madrinas con flores cuando llegué a la meta. Todavía faltaba la mitad de la prueba, en bajada, y yo temía por el comportamiento de mi vieja bicicleta sin cambios. Pero en la hora de descanso que tuvimos en San Cristóbal, yo me hice el firme propósito de ganar, por encima de cualquier obstáculo, y solo por una razón: porque me mostraran la copa. Era un trofeo brillante, por el cual me habría hecho matar en mi desesperación de novato que quería llegar a alguna parte.

Durante una hora, la música estuvo tocando. Recuerdo las piezas alegres, las parejas bailando y el suelo lleno de flores pisadas y marchitas. Pero yo no pensaba en esa fiesta. Pensaba en que había llegado con un minuto de ventaja, y que debía agarrarme de ese minuto para ganarme el trofeo, así me costara la vida.

Bajando fuerte, pero sin culpa

No recuerdo haber bajado nunca con tanta velocidad y tanto entusiasmo como aquella vez. Pero había una explicación adicional: como mi bicicleta no tenía cambios, no me quedaba más remedio que cerrar los ojos y lanzarme por la pendiente, aunque me rompiera la crisma. Siempre he sido terriblemente nervioso para bajar. Por eso procuro sacar la mayor ventaja cuando trepo, porque la experiencia me ha enseñado que bajando no desarrollo todo lo que puedo, por el puro temor de matarme en las curvas, como ha estado a punto de ocurrirme varias veces.

En aquella Doble a San Cristóbal bajé como un demonio, como nunca, y a pesar de todo me sacaron veinte metros a la meta. Pero yo tenía mi minuto de ventaja. En medio de una gritería confusa, temblando de emoción y de miedo y un poco atolondrado, creí que me había ocurrido un accidente y no me había dado cuenta. Pero lo que ocurría era otra cosa: había ganado. Y ese mismo día, en la meta, cuando la multitud se preparaba para pasearme en hombros, me entregaron la primera copa que conquisté en mi vida.

Mi pantaloneta

Fue un triunfo atronador. Pero no tanto como yo lo imaginaba, jadeante, con mi camiseta sudada. En Antioquia, esas competencias locales, que no tienen ninguna resonancia nacional, provocan el delirio de las multitudes, porque es de ellas de donde salen los campeones. Yo estaba completamente aturrido. Veía a mis amigos, a los muchachos del club Saeta, que me felicitaban con desbordado entusiasmo. Pero no veía a los fotógrafos de la prensa. Yo me imaginaba el triunfo como una cegadora tempestad de bombillas fotográficas, como lo es ahora, y como lo eran los triunfos de Conrado Tito Gallo y Pedro Nel Gil. Pero al finalizar la Doble a San Cristóbal no había más que ruidos, gritos y felicitaciones. Y un solo

regalo: una pantaloneta de otomana que me llevó a la meta la esposa de Víctor Betancourt, porque estaba segura de que yo ganaría la competencia. Todavía uso esa pantaloneta, como recuerdo de mi primer triunfo sensacional.

“Ramón Hoyos”, en letras de molde

Naturalmente, no fui a trabajar ese día. La carrera terminó a las once y media de la mañana. Y después hubo fiestas y muchos comentarios y mucho entusiasmo. Yo veía andar el reloj y sabía que debía comenzar a trabajar a las dos de la tarde, pero seguía pensando: “Que me echen, si quieren”. Ahora tenía una copa, y lo único que me interesaba era celebrar mi triunfo, subir, seguir corriendo, alcanzar el campeonato; y tener muchas copas como la que había ganado aquel día. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que nunca pensé llegar a donde he llegado, ni tener 120 trofeos conquistados en cuatro años.

Ahora me preocupa mucho que los periódicos me ataquen, cuando son ataques injustos. Pero no busco la publicidad. Pero aquella vez, siendo mi primera victoria, con diecinueve años, en una ciudad donde ya los ciclistas tenían fama nacional, esperaba con ansiedad los periódicos y no podía dormir. Ahora he visto mi nombre a ocho columnas, en las primeras páginas y con enormes fotografías. Pero no experimento la emoción que sentí aquella mañana del 13 de junio de 1951, en que vi mi nombre por primera vez en letras de molde. Fue en la página deportiva de El Colombiano, en un rincón, y en un titular que decía: “Ramón Hoyos vio alumbrar su estrella”.

“Haberlo dicho antes”

Cansado a causa del esfuerzo de la carrera y de la prolongada celebración de la victoria, todavía no tenía deseos de ir a trabajar. Me parecía que había llegado a la cumbre, que no tenía ningún compromiso con la fábrica sino sencillamente con mi título de ciclista. Sin embargo, la soledad en que me encontré aquel día, cuando todo el mundo volvió a la rutina del trabajo, me dio a entender que estaba equivocado. Muy asustado, a las dos de la tarde entré por el enorme portón de la fábrica y me dirigí directamente a la oficina del secretario, el gran Javier Jiménez, que es además, el encargado de los deportes.

Javier Jiménez me estaba esperando hecho una furia.

—¿Por qué no vino a trabajar ayer? —me preguntó, indignado.

Resolví ser franco. Le dije: —Porque estaba muy cansado de la Doble a San Cristóbal.

Aquello no sirvió de nada. Javier Jiménez seguía indignado.

—¿Y por estar corriendo en bicicleta no vino a trabajar? —me dijo—. ¿Qué clase de excusas son esas?

—Pero fue que gané.

Javier Jiménez miró el periódico, estupefacto. Su rostro cambió súbitamente de expresión, dio un golpe en el escritorio, sobre el periódico, y volvió a gritar:

—Idiota. ¿Y por qué no lo dijo desde el principio?

Nota del redactor

“El milagro está en su tórax”

Los fanáticos de Hoyos se enloquecen cuando al campeón le corresponde trepar. Se da por cierto que es



mejor trepando que bajando. Al parecer es una idea sin fundamento. “Siempre he sido terriblemente nervioso para bajar”, dice Hoyos. Y señala el origen de este nerviosismo: nunca ha tenido accidentes trepando. En cambio, bajando ha estado a punto de matarse en las vueltas, desde cuando empezó a correr en bicicletas remendadas, cuidando tubulares y repuestos ajenos, hasta se estrelló contra una piedra, como cualquier novato, cuando representaba por primera vez a Antioquia en la II Vuelta a Colombia. Julio Arrastía, su entrenador, explica: “Hoyos baja tan bien como trepa, pero prefiere sacar tiempo subiendo, cuando no hay peligro, para no correr riesgos en las bajadas. Si Forero o Beyaert preparan tan bien como Hoyos, no se arriesgarían a bajar como ya se les ha visto bajar, matándose por lograr ventajas”.

El estilo no es el ciclista

Otra crítica muy popular entre las muchas que se hacen a Ramón Hoyos es su manera de pedalear. El triple campeón considera que su estilo le da resultado, y sigue corriendo así, sin importarle lo que se diga. En cambio, ha cambiado el estilo en los cuatro años que lleva de estar corriendo en competencias oficiales. “El estilo no sirve para ganar —dice—. Sirve solamente para que uno se vea bien en la bicicleta”. Y dice que no le gusta el estilo de los mexicanos, “porque van sentados muy bajo y la posición en la bicicleta parece incómoda”. Sin embargo, dice que esta posición les rinde a los mexicanos, y eso es lo importante.

Así corría Bartali

“Lo importante en Hoyos —dice Julio Arrastía— no es que suba sentado y abra las piernas, porque eso no es un defecto, como cree la gente”. Y agrega que lo importante es su extraordinaria capacidad de asimilación. Cuando comenzaron sus entrenamientos, en la Doble a Bolívar, después de la II Vuelta, Arrastía le dijo a Hoyos: “Vos como andás, tenés que cuidarte mucho, porque creo que vas a ganar la próxima Vuelta”. Entonces el actual campeón tenía muchos defectos y le faltaba experiencia, pero tenía las condiciones esenciales, que todavía conserva, pero ahora mejor desarrolladas: tenía la visión y el ansia del triunfo y una extraordinaria agilidad mental para definir situaciones. A quienes le dicen que Hoyos trepa despernancado, pedaleando lo mismo sentado que parado, Arrastía les contesta: —Así corría Bartali.

Un hombre de la calle

Normalmente, Ramón Hoyos no observa una dieta especial. “Un buen ciclista deber comer carne de pulpa, verduras y muchas frutas”, dice Arrastía. Pero Hoyos, cuando no está corriendo, come cualquier cosa, fuma normalmente, y lleva la vida que puede llevar cualquier hombre ordenado. No tiene una hora precisa para levantarse ni para acostarse. Asiste a las fiestas que desea y hace allí lo que hacen todos. Pero en cambio, es inflexiblemente disciplinado en los entrenamientos y se ajusta con precisión a las indicaciones de su entrenador, a pesar de que tiene ideas propias con respecto al ciclismo. “El milagro está en su tórax —dice Arrastía—. Se le ha desarrollado tanto, que no hay el menor temor de que se asfixie cuando trepa. A eso hay que agregar la asombrosa elasticidad de su corazón”.

El oscuro mundo de los ciclistas

Al parecer, todas las falsas ideas divulgadas sobre la técnica de Hoyos, tienen un origen: los otros ciclistas. Ese es un mundo complejo, lleno de rivalidad, al margen del cual está Ramón Hoyos, como una figura que salió del pelotón y va en la punta de la popularidad. Muchos no se lo perdonan. En las tertulias de ciclistas, de aficionados o de simples fanáticos, se dice que Hoyos no tiene nada más que coraje. Se le considera como una especie de pequeño bárbaro, capaz de mantenerse por alcanzar una meta, pero sin ninguna técnica. “No es más que corazón”, se dice. Y Hoyos, a su vez, tiene mucho que decir de los otros ciclistas. La historia de sus rivalidades, de los obstáculos que han puesto a su trayectoria los otros ciclistas, es un cuento de nunca acabar.

“Por qué corre Samuelillo”

Sin embargo, hay algo indiscutible: nadie ha tenido más suerte para encontrar ayuda que Ramón Hoyos. Si entró a la II Vuelta a Colombia, cuando era un novato sin muchas esperanzas, fue en virtud de la terquedad de don Ramiro Mejía, un fanático que se gastó su plata en hacer ciclistas y que ahora vive en México. Y también mucho de lo que es hoy se lo debe al pequeño y conversador secretario de Coltejer, Javier Jiménez, encargado de los deportes, que se empeñó en sacarlo adelante desde cuando ganó su primer trofeo. En una oficina que arde como un horno a las dos de la tarde, Javier Jiménez es capaz de hablar durante 24 horas consecutivas sobre Ramón Hoyos, haciendo gestos hiperbólicos y estirando con entusiasmos sus cargadores elásticos, como si eso fuera una gimnasia de la memoria. “Era un flaco que no ofrecía ninguna esperanza”, dice, recordando el día que aquel tímido obrero entró a su oficina, a pedirle dinero prestado para comprar una bicicleta.

Sin embargo, Hoyos no olvida a quienes lo han ayudado. Aunque hay un sector neutral, que no gusta de los ciclistas, en privado, porque considera que todos viven pensando que el otro trata de perjudicarlos, de obstaculizarles la carrera, de no dejarlos llegar a ninguna parte. Ese sector neutral ha hecho un mal chiste. Dicen:

—Todos los ciclistas tienen delirio de persecución. ☹

Yo encendí el arbolito de Navidad

por GUILLERMO CARDONA

En mi cada vez más lejana infancia, cuando todavía no se hablaba de cuidar y proteger el medio ambiente ni se especulaba sobre el cambio climático, los diciembre estaban llenos de musgo y chamizas de leña verde; el musgo para las montañas de Belén y chamizas de pomos y guayabos para los arbolitos de Navidad, desnudos y frágiles tocones de invierno en pleno trópico que se envolvían en algodón para simular la nieve, y darle realce a la bisutería verde y roja que le servía de adorno, según un protocolo que poco a poco desplazaba al Niño Jesús en beneficio de Santa Claus, y donde el tutina tuturumainá empezaba a ser hábilmente opacada por los comerciales acordes de las Jingle Bells.

Recuerdo que en esos tiempos remotos, y quizá en alguno especialmente boyante, mi mamá decidió envolver la chamiza de marras no con el algodón blanco que se vendía en las farmacias, sino con una fibra mucho más delicada que se conocía en los almacenes de Guayaquil como 'cabello de ángel'; una especie de algodón de azúcar no comestible que cumplía el mismo propósito de aparentar mucho más de lo que era y que refulgía con una iridescencia azul celeste que justificaba el sobreprecio.

Una vez vestido con la sofisticada y angelical cabellera, y cargado con las bolitas y las guirnaldas retorcidas de oropel a tornasol y con la Estrella de Belén en la mismísima copa, nuestra esmirriada chamiza tomó unos vi-

sos todavía más nórdicos y gélidos. Yo era un caguetas como se decía por entonces, canson y llenador como el que más y, dada la apariencia húmeda, nívea del arbolito revestido de invierno, en la noche de las velitas no se me ocurrió mejor idea que arrojarle un fósforo a ver qué pasaba.

Lo que pasó fue que el cabello de ángel desapareció en un instante envuelto en una inmensa, súbita y gracias a Dios efímera llamarada que alcanzó a quemarme las pestañas y que de paso derretió la cobertura de los cables de la instalación, hizo estallar varios bombillitos de colores, provocó un cortocircuito, disparó los fusibles y dejó sin electricidad la casa. Se salvó la chamiza porque era de leña verde.

Aprovechando la humareda y posterior oscuridad me escabullí debajo de una cama y me acomodé en el último rincón, ocultándome tras el tendido que llegaba hasta el piso y allí me alcancé a dormir, esperando la tercera guerra mundial o el fin del mundo, lo que llegara primero. Al cabo de las quinientas, una vez restablecida la energía y después de todos andarme buscando por cielo y tierra, mi tío Manuel dio por fin casualmente conmigo y fue tanta la alegría de encontrarme (cual muñequito del Niño Jesús un 24), que nadie se acordó de cobrarme la pilatuna, y mi inflamable ocurrencia navideña quedó a cubierto bajo el velo cariñoso de una nostálgica y decembrina gota fría.



El Túnel
Café y Cocina

Lunes - Sábado
12:00 m. a 10:00 p.m.
Cra 42 #54-62
Teléfono: 2396536

UNIVERSO CENTRO
Cualquier cosa, menos quietos Colección 2008 - 2014



Colección UC
Cómpralo en
www.universocentro.com

ÁGUILA DESCALZA

ARMAMOS CAMBUCHE EN EL METROPOLITANO

VIDA DE PERROS
MALUCO TAMBIÉN ES BUENO

DICIEMBRE 18, 19 Y 20
HORA 8:00 P.M.

Tuboleta.com 444-6300 # 593

284 42 11
232 28 58

EN EL TEATRO PRADO HASTA EL 13 DE DICIEMBRE

SOMOS UN RESTAURANTE DE COMIDA RÁPIDA VEGETARIANA PARA COMER DEEEESPACITOOOOO.
MÁS FRESCO / MÁS NATURAL

WRAPS / ENSALADAS / HAMBURGUESAS

vital cook

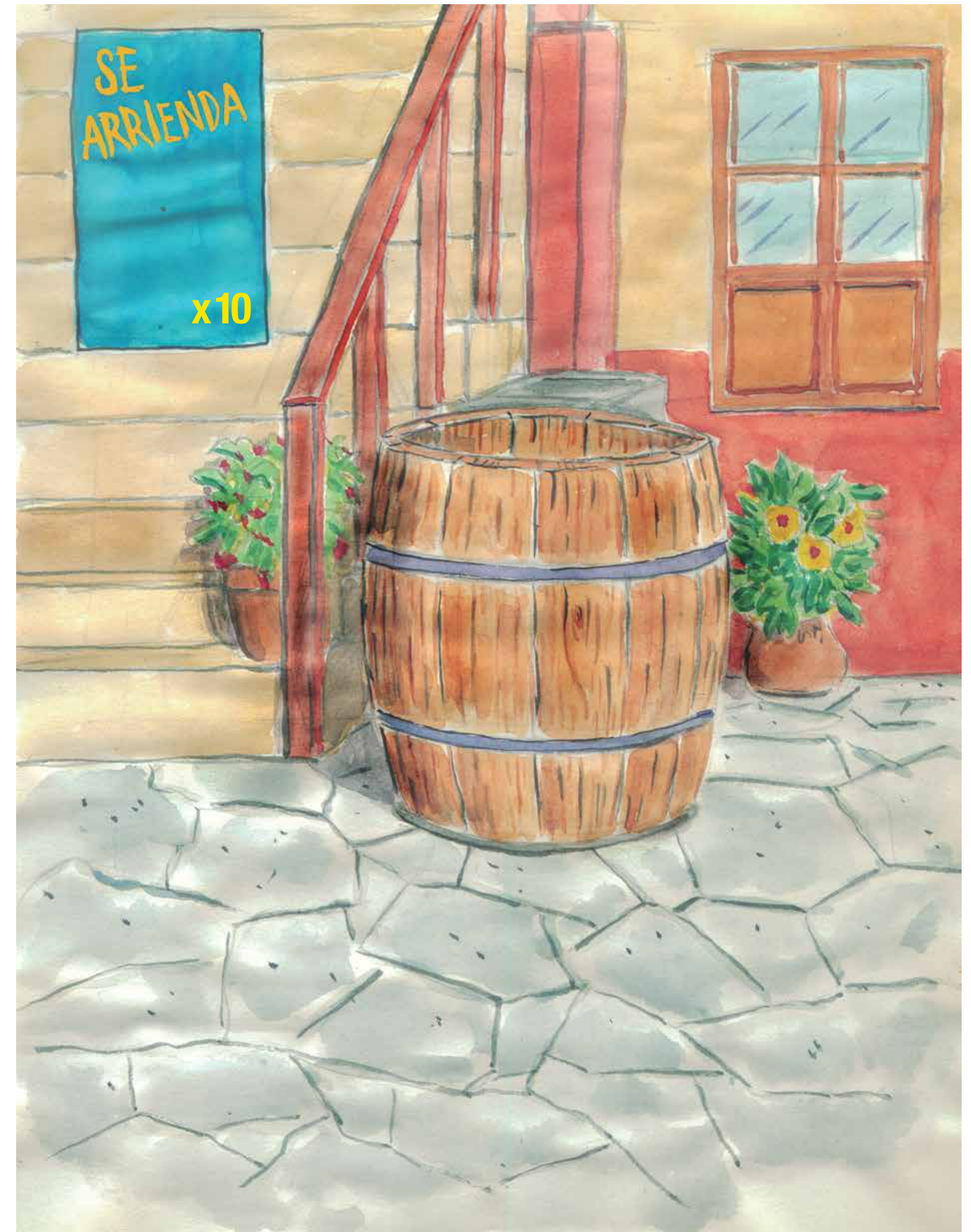
vitalcookmedellin@gmail.com Vital Cook
(57) 301 782 78 78 calle 53 #42-17 Medellín
@VITALCOOKMED (574) 448 35 16

Pan Navideño
Pasas, nueces, fruta confitada, almendras, ciruelas pasas y coco.



Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355



www.cinéfagos.net

cine colombiano · crítica de cine
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

EN ESCENA
"HISTORIAS, TRAS LAS HISTORIAS"

parque
explora
MEDELLÍN

LA FIESTA DE LA CAJA ROJA

DESCARGA DE ESTRELLAS.
LAS FIGURAS DE RADIO Y LA TELEVISIÓN COLOMBIANA
SE TOMAN LA CAJA ROJA DE LA SALA EN ESCENA PARA
CELEBRAR QUE LA NOCHE EXISTE.

MÚSICA Y VIDEO:
TYTO ALBA + SUDACATECA

**JUEVES 18
DE DICIEMBRE
DE 2014
7:00 P.M.**

**SALA EN ESCENA
ENTRADA CON BOLETA**



ADQUIERA LAS BOLETAS EN LA TAQUILLA DE
EXPLORA O EN WWW.PARQUEEXPLORA.ORG

Patrocinador de
la Sala En Escena



Medellín
todos por la vida

